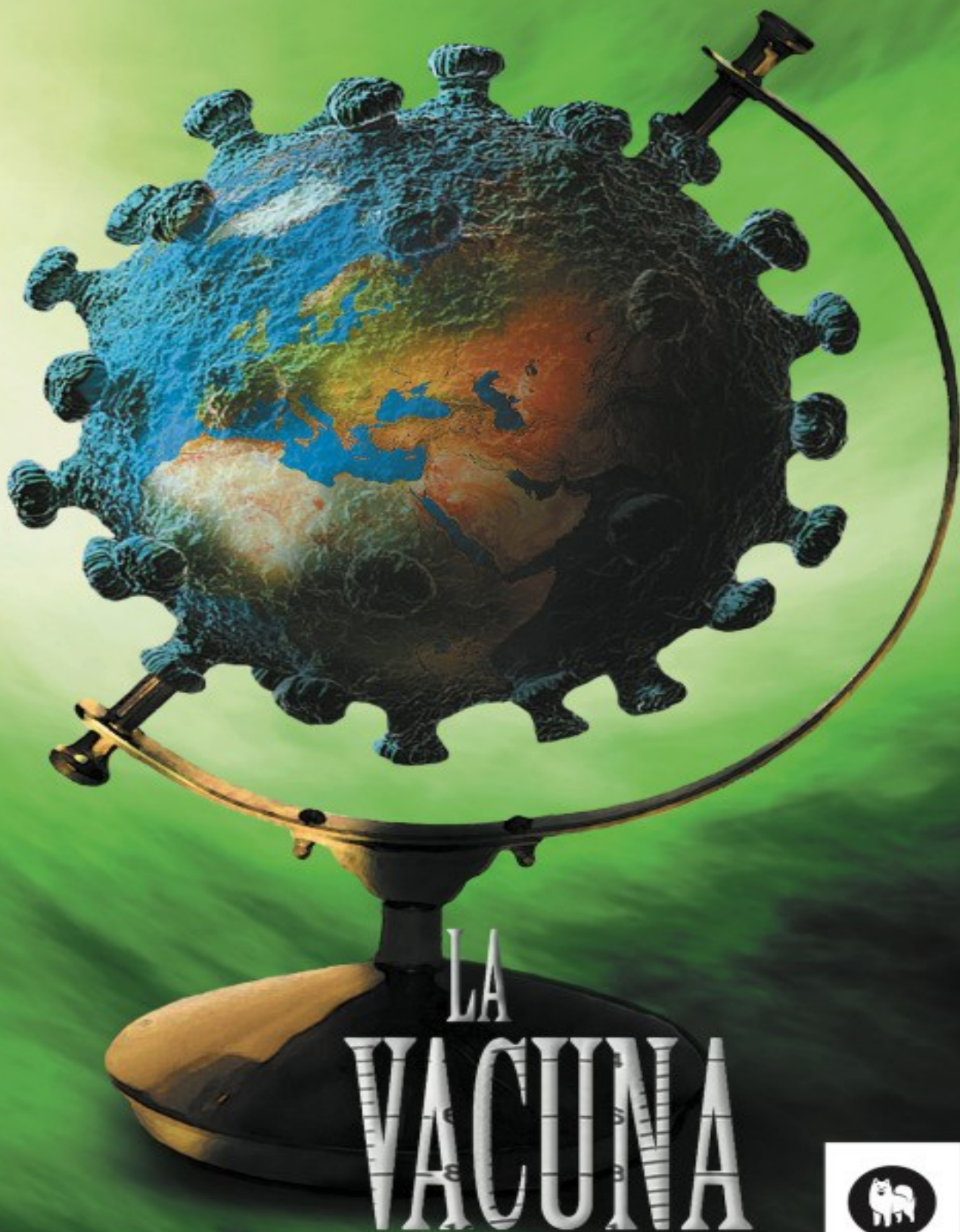


ALBERTO  
VÁZQUEZ-FIGUEROA

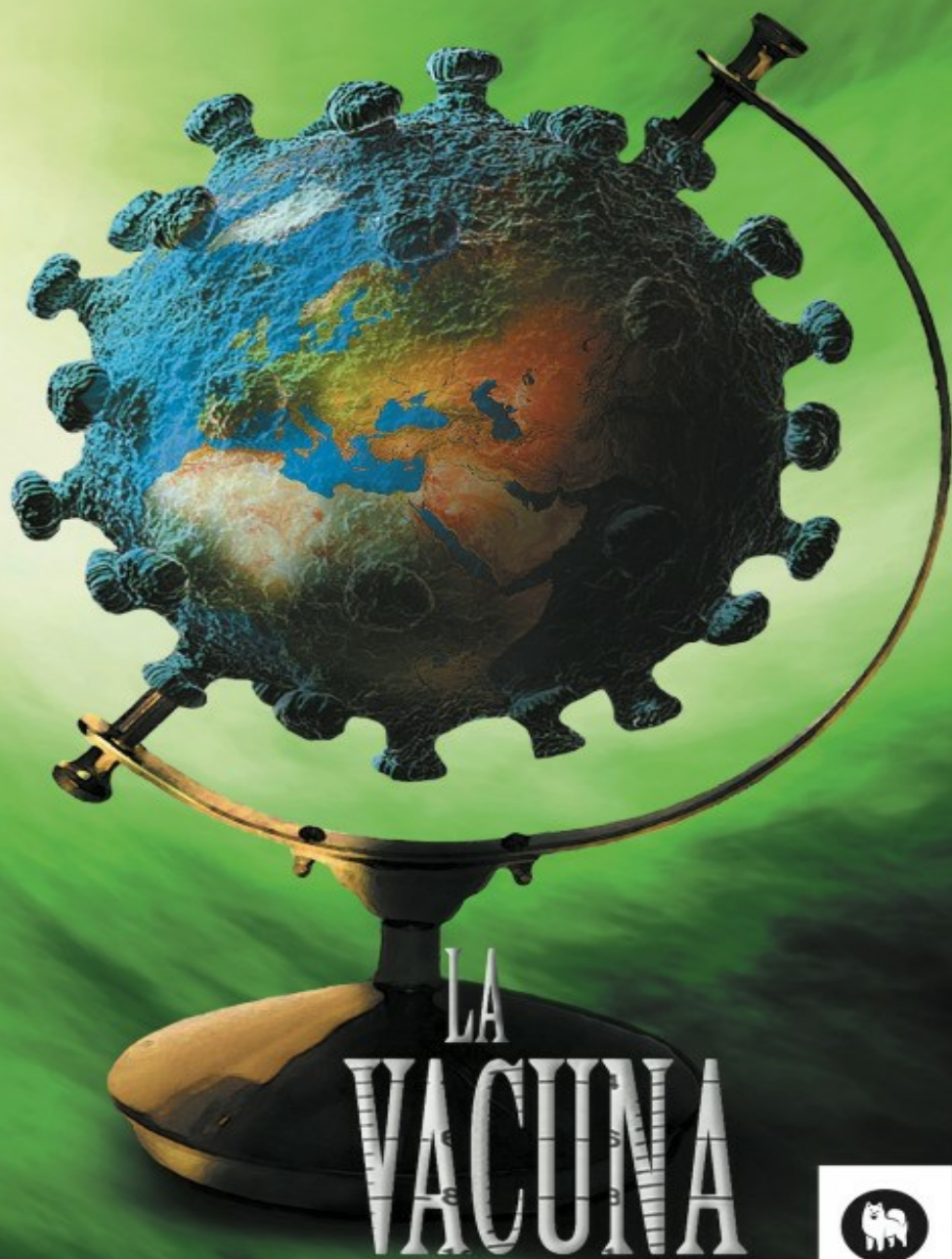


LA  
VACUNA



KOLIMA  
BOOKS

ALBERTO  
VÁZQUEZ-FIGUEROA



LA  
VACUNA



KOLIMA  
BOOKS

# **LA VACUNA**

**ALBERTO VÁZQUEZ-FIGUEROA**





**CATEGORÍA: NOVELAS COLECCIÓN: GRANDES ACONTECIMIENTOS  
MUNDIALES**

Título original: *La vacuna*

Primera edición: Septiembre 2020

© 2020 Editorial Kolima, Madrid

***www.editorialkolima.com***

Autor: Alberto Vázquez-Figueroa

Dirección editorial: Marta Prieto Asirón

Diseño de cubierta: Silvia Vázquez-Figueroa

Imágenes: @Shutterstock

Maquetación de cubierta: Sergio Santos Palmero

Maquetación: Carolina Hernández Alarcón

ISBN: 978-84-18263-40-8

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares de propiedad intelectual.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

## NOTA DEL AUTOR

*La vacuna* es la continuación de *Cien años después*, una novela corta que escribí en unos momentos en que los científicos creían —o hacían creer— que la pandemia desaparecería en poco tiempo.

Pero no ha sido así; el «Coronavirus» se ha convertido en nuestro peor enemigo, y por lo tanto he considerado lógico retomar la historia y acompañar a sus personajes a través del mundo absurdo, caótico y cruel en que nos está tocando morir.

# CAPÍTULO I

Los meses que siguieron fueron tranquilos, como si el mero hecho de deponer las armas negándose a continuar defendiendo la granja a tiros hubiera propiciado que el virus decidiera tomarse un descanso, o tal vez —y eso era lo más probable—, que estuviera aprovechando el alto al fuego para mutar hacia una nueva estructura aún más dañina.

Retirado momentáneamente a sus cuarteles de invierno, el infernal ejército invisible recuperaba fuerzas, decidido a lanzar un definitivo asalto destinado a liberar para siempre al planeta de su más enconado enemigo.

Ya había conseguido que incontables fábricas cerraran, miríadas de vehículos se detuvieran, bandadas de rugientes aviones se posaran definitivamente e incluso que algunas centrales nucleares dejaran de proporcionar energía porque los que sabían manejarlas estaban muertos o faltaba el material de mantenimiento apropiado.

Los seres humanos habían construido un mundo exclusivo para seres humanos, a imagen y semejanza de los seres humanos y dirigido por seres humanos, por lo que cuando esos seres humanos fallaban todo se desmoronaba.

El golpe había sido tan duro que ni siquiera el corto período de supuesto armisticio les había servido para tomar aliento y disponerse a reanudar la lucha o buscar nuevas armas.

Se limitaban a rezar y confiar en que todo hubiera acabado.

A veces rezar es bueno.

Y confiar también.

Pero solo a veces.

Una tibia mañana, cuando en la atribulada familia nadie estaba aún muy seguro de qué podría ocurrir de allí en adelante, un muchacho que casi parecía un cadáver viviente hizo su aparición por el sendero.

Se le advertía agotado, con aire ausente, como drogado, borracho o inmerso en un universo propio.

No prestaba atención a las flores, ni a los árboles, ni a los pájaros, y apenas reaccionó en el momento de cruzar un charco que le empapó los zapatos.

Corrieron hacia él.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enfermo?

—Solo agotado.

—¿Tienes hambre?

—Mucha.

Le ayudaron a entrar en la casa.

—¿Qué te apetece?

—Cualquier cosa.

—¿Patatas con chorizo o perdiz escabechada? También podemos prepararte un conejo a la brasa, pero tardará un poco más. Hay que matarlo.

Les observó como si le costara un inaudito esfuerzo aceptar tan absurda pregunta.

—¿Hablan en serio?

—Totalmente.

Se decantó por la perdiz acompañada de pan fresco y un vaso de leche, y al terminar observó a las tres mujeres y a los dos hombres que le observaban a su vez.

Una de las mujeres, la que le daba el pecho a un niño, inquirió:

—¿Cómo te llamas?

—Víctor.

—¿Y a dónde vas?

—Aún no lo sé. Mis padres murieron el mes pasado y todavía no lo he decidido.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras.

—No tengo dinero.

—Ni admitimos dinero, ni son estos tiempos de cobrar a quienes más lo necesitan —intervino Samuel.

—Pero la comida...

—Comida sobra. Las cosechas están siendo increíbles, los ríos se han llenado de peces y los campos de conejos, ciervos y perdices.

—¿Y eso por qué?

—Suponemos que puede deberse a que al disminuir la contaminación, la naturaleza ha reaccionado, pero no estamos seguros.

Costaba trabajo aceptarlo, pero así era. El virus que mataba a millones de personas no se mostraba inhumano, sino más bien «anti-humano» y parecía dispuesto a conceder el control del planeta a unos animales que hasta esos momentos se habían limitado a ser víctimas de los hombres.

Ningún gobierno había querido —o se había atrevido— a dar una cifra exacta del número de fallecidos, pero cabía suponer que la población mundial estaba siendo diezmada a marchas forzadas.

Y a medida que los habitantes supuestamente más inteligentes del planeta tendían a desaparecer, ese planeta se fortalecía y cedía el testigo de la supremacía a quienes nunca habían deseado ser supremacistas.

—¡De acuerdo! —admitió el muchacho, que aún se mostraba confundido—. Les sobran alimentos. ¿pero qué ocurre con la enfermedad? ¿No les asusta?

—Naturalmente que nos asusta —admitió Saúl—. Durante un tiempo convertimos la granja en una fortaleza pero llegó un momento en que nos dimos cuenta de que vivir en un eterno estado de terror es peor que no vivir.

—Algo sé de eso. Pasé un mes en una unidad de cuidados intensivos con temblores en todo el cuerpo. Creí que nunca más podría volver a trabajar.

—¿A qué te dedicas?

—Soy dibujante.

—¿Pintor...?

—Pintor es decir demasiado. Quizás algún día lo sea, pero de momento me limito a los cómics.

—¿Qué clase de cómics? —se interesó Laura, a la que como siempre le interesaba todo.

—De aventuras, pero ahora quiero empezar una serie sobre la epidemia; un reflejo del tiempo que nos ha tocado vivir, con ciudades vacías, violencia, miedo y familias rotas.

—Pues aquí no vas a encontrar ciudades vacías ni familias rotas, pero podrás trabajar tranquilo —le hizo notar Saúl—. Si quieres puedes instalarte en una de las cabañas del bosque.

—¿Y cómo les voy a pagar?

—¡Qué pesadez! Echarás una mano en la granja.

—No me parece suficiente.

—¿Y qué te parece un porcentaje sobre tus futuras ganancias? Probablemente alguien estará escribiendo un libro sobre la epidemia, pero en estos momentos nadie puede hacer una película y el testimonio de un cómic sería muy interesante.

—A condición de que fuera bueno... —puntualizó Anabel—. ¿Eres bueno?

El recién llegado pidió una hoja de papel y un lápiz y apenas necesitó un par de minutos para demostrar que era muy bueno plasmando con todo lujo de detalles la desolación de una gran ciudad de enormes rascacielos por cuya avenida principal tan solo se distinguía una jirafa.

—Eres bueno... —aceptaron de común acuerdo—. ¿Pero, por qué una jirafa?

—Porque en ese entorno resulta insólita, y cuanto estamos viviendo se me antoja insólito.

—De pequeña me encantaba pintar jirafas... —señaló Aurelia.

—Pero tenían cabeza de jirafa y patas de cocodrilo —le recordó su tío—. Eran horribles.

—Odio a los cocodrilos... —reconoció Víctor.

—Todo el mundo odia a los cocodrilos.

—Los egipcios no. Sobek era el dios de la abundancia y la fertilidad, creador del Nilo.

—Es que los egipcios eran muy raros. Siempre andaban de costado y con la mano extendida, como pidiendo una comisión o una limosna.

Como no era cuestión de pasarse la tarde diciendo sandeces, las mujeres decidieron acompañar al nuevo miembro de la comunidad a la mayor de las cabañas del bosquecillo, y en cuanto hubieron desaparecido, Samuel, al que Anabel había dejado al cuidado del niño, comentó, mientras comenzaba a cambiar los pañales:

—Esto me huele mal.

—¿Qué esperabas? —señaló su hermano—. Siempre ha sido un cagón.

—No me refiero al niño; me refiero a que ese chico nos puede traer problemas.

—¿Anabel...? —aventuró Saúl.

—Y Aurelia. Tú eres su padre y la sigues viendo como a una niña, pero ya no es ninguna niña y ese es el primer muchacho que ha visto en mucho tiempo.

—Ya lo sé.

—Y es muy agradable.

—Ya me había dado cuenta.



—¿Y qué podemos hacer?

—¿Hacer? —le replicó su hermano como si acabara de decir una herejía—. No puedo hacer nada. Durante la mayor parte de mi vida me consideré dueño y responsable de mis actos, pero ya no soy su dueño, y por lo tanto tampoco soy responsable. Es el puñetero virus el que marca la pauta.

—No en este caso. Se trata de tu familia.

—Se trata de «nuestra familia», y si tienes alguna idea de cómo encarar este problema te agradecería que la expresaras porque más vale equivocarse juntos que por separado.

—Pedirle que siga su camino.

—¿Por qué razón? ¿Porque no confiamos en nuestra hermana o porque tú no confías en tu sobrina ni yo en mi hija?

—¡Visto así...!

—Visto como lo has expuesto. Los dos sabemos que Anabel siempre hace lo que le da la gana, incluido tocar el acordeón, pero ya no es la misma y espero que a estas alturas tenga un cierto sentido de la responsabilidad.

Samuel también hubiera deseado que lo tuviese pero no podía olvidar que su hermana menor había sido siempre una de las criaturas más liberales disparatadas y desinhibidas del planeta.

## CAPÍTULO II

Observaron con preocupación el gigantesco navío que se aproximaba; era el «Estrella Polar» y sabían que pertenecía a la misma empresa de cruceros que el «Cruz del Sur».

—Este viene a decirnos que el barco ya no es nuestro.

—Nunca lo fue —le hizo notar Mubarac.

Tenía razón; el hecho de que hubieran sido los primeros en subir a bordo de una nave abandonada tan solo les daba derecho a considerarse sus dueños hasta que sus verdaderos dueños hicieran su aparición y demostraran que había sido evacuada debido a que sus pasajeros corrían peligro de contagiarse.

—¿Y qué vamos a hacer?

—No lo sé, pero ya iba siendo hora de que alguien tomase las riendas de un asunto que nos queda grande —señaló Óscar.

—Hasta ahora no lo habíamos hecho tan mal.

—Tal como están las cosas, no hacerlo mal no significa hacerlo bien.

Guardaron silencio mientras observaban como el inmenso crucero hacía una prodigiosa demostración de habilidad, giraba noventa grados y se arboleaba por la banda de estribor sin que tan siquiera se percibiera un leve estremecimiento.

—Esos sí que son profesionales. No como otros...

Minutos después, su capitán, un cincuentón de espesa barba entrecana, aspecto de auténtico lobo de mar extraído de una vieja foto del «Titanic» e impecable uniforme blanco, se reunió con ellos en el puente de mando.

—¡Buenos días! —saludó casi militarmente—. Soy el capitán Rossi, Mario Rossi, y me pongo a sus órdenes.

—¿Cómo que se pone a nuestras órdenes? —se escandalizó Óscar—. Somos nosotros los que nos ponemos a las suyas. Llevamos meses fondeados aquí porque no tenemos ni idea de cómo se maneja un barco.

—No se trata de manejar un barco; se trata de manejar un hospital flotante, y lo están haciendo maravillosamente. A mí se me han muerto cuatro tripulantes y ya no me quedan más que treinta y seis hombres y cinco mujeres, una de ellas embarazada. ¿Cuántos pasajeros tienen a bordo?

—Cuatrocientos ochenta y cinco.

—¡Extraordinario! Realmente extraordinario. ¿Cuántos muertos durante la última semana?

—Ninguno.

—¡Extraordinario!

Al parecer la palabra le encantaba.

—Suponíamos que venía usted a hacerse cargo del «Cruz del Sur» en nombre de los armadores —señaló Mubarak.

—¿Los armadores? —pareció escandalizarse el marino—. Menuda pandilla de indeseables. Nos han abandonado a nuestra suerte porque saben que el negocio del turismo de cruceros será el último en recuperarse, por lo que apuestan por cobrar el seguro cuando la epidemia pase alegando que los barcos se perdieron.

—¿Realmente cree que la epidemia pasará?

—¿Y qué otra cosa podría hacer más que creerlo? Mi mujer está confinada en Génova, mi hija en Londres y mi hijo en un petrolero que se supone que navega rumbo a Sudáfrica, pero que nadie sabe dónde diablos se encuentra en estos momentos —depositó la gorra sobre la mesa de mapas como si con ello indicara que estaba listo para ponerse a trabajar—. ¿Cómo puedo ayudarles?

Óscar señaló un punto en el corazón de la ensenada.

—Llevádonos hasta allí, donde estaremos más protegidos y podamos largar una tubería hasta la desembocadura del río. Necesitamos más agua.

El viejo lobo de mar asomó la cabeza con el fin de estudiar el cielo, consultó su reloj y asintió:

—Tendrá que ser mañana porque maniobrar con barcos arboleados no resulta fácil. Y ahora les agradecería que me invitaran a cenar algo decente.

Le ofrecieron lo mejor de lo mejor, con buen vino, buen coñac y un habano, de lo que disfrutó sin dejar de repetir:

—¡Extraordinario! Realmente extraordinario.

En ciertos aspectos era un personaje un tanto peculiar y maniático, pero conocía muy bien su oficio por lo que al día siguiente maniobró de tal forma que los barcos quedaron al abrigo de la ensenada con lo que de inmediato pudieron iniciarse los trabajos de tender una tubería hasta la desembocadura del río.

Todos a bordo colaboraban entusiasmados con la idea de que a partir de aquel momento no tendrían que ducharse en medio minuto.

No obstante, a media tarde el italiano se presentó en el puente del «Cruz del Sur» y resultó visible que se encontraba molesto mientras comentaba en tono brusco:

—Dos de sus pasajeros, un príncipe saudí y un banquero panameño, han sobornado a mi sobrecargo con el fin de que les proporcione los cinco mejores camarotes de mi barco.

—¿Y por qué cinco?

—Por lo visto el príncipe tiene tres esposas.

—Se ve que le gusta la privacidad... —admitió César—. ¿Y cómo han conseguido sobornar a su sobrecargo si no permitimos manejar dinero?

—Con oro y diamantes.

—Se los requisaremos.

—¿Le pidieron permiso para subir a bordo?

—No.

—En ese caso tírelos al agua.

—¿Cómo ha dicho? —se asombró el italiano creyendo haber oído mal.

—Que los tire al agua —fue la tranquila respuesta exenta de toda teatralidad—. Nos

encontramos en estado de excepción, por lo que si alguien aborda una nave sin permiso de su capitán está cometiendo un acto de piratería.

—Hace años nos aconsejaron a cuantos navegábamos por las costas de Somalia que arrojáramos por la borda a los piratas que intentaran asaltarnos —reconoció Mario Rossi—. Pero no creo que la situación sea equiparable.

—Desde que se incrementó la epidemia se considera defensa propia disparar contra quien invada una propiedad privada, o sea que tiene mi permiso para hacerlo.

—¡Extraordinario! —al capitán le seguía encantando la palabra—. Realmente extraordinario.

—Creo que también podría ahorcarlos, pero como no estoy seguro límitese a darles un chapuzón —consultó el reloj—. Prepare un buen espectáculo para las cinco porque conviene que quede bien claro que nadie puede saltarse las normas por muy príncipe o muy banquero que sea.

—¿Y qué hago con el sobrecargo?

—Si no hay distinción de clases es que no hay distinción de clases. Al agua con él.

—¡Extraordinario! Realmente extraordinario.

Se anunció por los altavoces y constituyó un curioso y divertido espectáculo ver como un estirado sobrecargo, un príncipe gordinflón y un escuchimizado banquero con peluquín desfilaban en paños menores por una pasarela y acababan siendo obligados a lanzarse al mar desde casi nueve metros de altura.

El príncipe fue el más aplaudido porque levantó una gran columna de agua, nadó resoplando hasta la orilla y, como había perdido los calzoncillos, durante la caída quedó tumbado sobre la arena mostrando sin el menor pudor su inmenso trasero.

Quienes más le aplaudieron fueron sus tres jovencísimas esposas.

Por su parte el banquero perdió el peluquín por lo que el divertido espectáculo resultó ejemplarizante, aunque dejó de ser divertido a partir del momento en que, al recoger la documentación de los condenados, se constató que el príncipe era efectivamente Omar Suleimán bin Fasi bin Salman, un destacado y prepotente miembro de la Casa real que a menudo demostraba ser cruel, sanguinario y vengativo, y el supuesto banquero panameño era en realidad Deodato Carballo, un corrupto general venezolano acusado de tráfico de drogas a gran escala, perseguido por la justicia internacional.

—¿O sea que hemos estado alimentando, cuidando y protegiendo a un narcotraficante? —se lamentó Camila—. ¡Lo que nos faltaba!

—Lo malo no es que lo hayamos alimentado, cuidado y protegido; lo malo es que le hemos dejado escapar —añadió Mubarak—. El jodido nadaba como un perro mientras todos estábamos pendientes del príncipe y en cuanto llegó a la orilla corrió como una liebre.

Aquella era una pésima noticia, de las peores que podrían haberles dado puesto que canallas de la calaña de Deodato Carballo y sus compinches del régimen bolivariano se estaban adueñando del planeta al sobornar o apoyar a políticos afines a sus ideas totalitarias.

Como el dinero no protegía contra el virus su puesto estaba siendo ocupado por la cocaína, la heroína, la marihuana o las anfetaminas, que no constituían un remedio, pero sí un consuelo.

Que dicho consuelo conllevara un precio muy alto para la salud no parecía significar un obstáculo para unos descerebrados que ya lo eran cuando aún no necesitaban disculpas para «meterse un chute», «esnifar una raya» o consumir a todas horas unas drogas que cada día causaban menos efecto.

La ley de la oferta y la demanda había conseguido que se establecieran mercadillos que recordaban los «corralitos» de las épocas de grandes crisis económicas, con la diferencia de que en ellos no se cambiaban dos gallinas por diez kilos de patatas, sino ocho gramos de heroína por cinco papeletas de cocaína.

A la vista de ello, y de descubrir que había estado protegiendo a malhechores y malgastando en ellos un tiempo y unos recursos que mucha gente honrada estaba necesitando, Óscar admitió que se había excedido en sus atribuciones y que ni él, ni Mubarak, Camila, o tan siquiera el capitán Rossi, tenían derecho a decidir a quién se debía tirar al agua y a quién no.

Rogó por tanto a cuantos jueces, fiscales o abogados hubiera a bordo que acudiesen al salón de actos y les comunicó que en su opinión había llegado el momento de redactar un conjunto de leyes apropiadas al momento que les había tocado vivir.

—Las normas anteriores ya no sirven, o sirven mal, puesto que ningún jurista pudo prever la llegada de este cataclismo, o sea que deben ser aquellos que se sientan capaces de anteponer la ley a cualquier ideología los que dicten unas nuevas. ¿A alguien le apetece sacar adelante un proyecto de esas características?

Intercambiaron miradas, se volvieron a observar reacciones, y al fin una elegante dama francesa se decidió a inquirir:

—¿Se está refiriendo a redactar una especie de Constitución o «Carta Magna» adaptada a los tiempos actuales?

—Eso deben decidirlo los implicados, teniendo en cuenta que serán unas reglas de comportamiento que afectarán a todos, cualquiera que sea su origen, raza, nacionalidad, estatus social o creencias.

—No tienen que ir en favor o en contra de nadie... —recalcó Camila—. Nuestro futuro es común, por lo que si no nos ajustamos a unas normas de convivencia nuestro peor enemigo seremos nosotros mismos.

Un pelirrojo que se sentaba en la segunda fila alzó la mano.

—Me considero un comunista convencido —dijo—. O sea que me descarto.

—No es necesario dar explicaciones —advirtió Mubarak—. Nos consta que será una labor difícil que no contentará a todos, así que los que no se sientan con ánimos para intentarlo pueden irse.

Se quedaron seis, incluida la elegante dama francesa. Se les alojó en los mejores camarotes del «Estrella Polar» y se les suplicó que tuvieran lista la nueva Constitución, «Carta Magna», o como quiera que la llamasen, antes de dos semanas.

—¿Dos semanas...? —protestaron—. ¿Se han vuelto locos?

—Probablemente, pero nos hemos limitado a propinar un chapuzón a dos auténticas alimañas... —tomó aire como si con ello pretendiera conseguir que lo que iba a decir fuera mucho más contundente—: Y si por desgracia nos vemos obligados a imponer nuevas sanciones a los que pongan en peligro la convivencia, debemos contar con argumentos legales que nos respalden o de lo contrario quedaríamos como hemos quedado en este caso: como unos auténticos gilipollas.

Tres hombres y las dos mujeres se sentaban en torno a una mesa redonda, como si con ello quisieran evidenciar que ninguno se consideraba superior al resto, y se encontraban allí por contribuir con idéntico esfuerzo a una causa común.

Como eran conscientes de la importancia de su trabajo, y de lo peligroso que sería que se conociesen sus auténticas identidades, habían decidido otorgarse nombres ficticios y nunca relacionados con el país al que pertenecían.

—Creo que, con mucha suerte, conseguiríamos disponer de treinta y cinco dosis al mes; como máximo, cuarenta —señalaba en esos momentos quien respondía al seudónimo de Lena.

—No bastarán —sentenció el denominado Dimitri.

—Ya sé que no bastarán; ni cuarenta, ni cuarenta mil, ni cuarenta millones, pero es lo que hay.

—¿Y si pidiéramos ayuda a la Organización Mundial de la Salud? —quiso saber quien se hacía llamar Diana y que parecía ser la de más edad.

—Alguien querría colgarse una medalla y echaría las campanas al vuelo despertando falsas expectativas. Y en este caso no es cuestión de dinero, querida. No se trata de invertir millones porque la naturaleza va a su ritmo.

—Y si la forzamos perdería el paso —intervino el apodado Enzo, que chupaba una pipa que nunca se atrevía a encender porque le tiraban zapatos a la cabeza—. Tu nieto nacerá dentro de cuatro meses, pero si intentáramos que naciera dentro de dos tu hija correría peligro... ¿O no?

—Desde luego —admitió la demandada.

—Pues en eso estriba el problema —le hizo notar—. Si utilizáramos productos químicos nos bastaría poner a los laboratorios a producir a destajo, pero estamos trabajando con períodos de gestación que la naturaleza ha impuesto a lo largo de millones de años y no somos dioses que podamos salvar de un salto semejante abismo.

—¿Luego vamos por mal camino?

—A mi modo de ver estamos en un punto muerto del camino correcto, que no es lo mismo.

—Intento entenderte pero me resulta difícil —intervino por primera vez Richard.

—Digamos que es como si un grupo de alpinistas consiguiera coronar el Everest pero que por mucho que se apretujaran en la cumbre nunca habría espacio más que para cuarenta.

—Un símil acertado —admitió Dimitri—. ¿O sea que una vez en la cima algunos tendrían que descender para que subieran otros?

—Más o menos.

—Hace tiempo vi una película en la que docenas de ellos se amontonaban en una parte estrecha de la ruta, iban muriendo y...

—Todos la hemos visto, querido; todos la hemos visto y recordamos el problema moral que se les presentó a los guías a la hora de decidir a quién debían rescatar. No los salvaban por su dinero, sus méritos o su importancia, sino por las posibilidades que tenían de sobrevivir a la hora de descender por su propio pie hasta el campamento base.

Había comenzado a llover y permanecieron unos instantes contemplando como el amplio ventanal se cubría de goterones que resbalaban sin prisas como invitándoles a imitarlos y no precipitarse a la hora de tomar decisiones.

La tragedia de la mañana del once de mayo de mil novecientos noventa y seis, cuando una inesperada tormenta se abatió sobre el Everest provocando la muerte de ocho alpinistas, les obligada a considerar que de igual modo corrían el riesgo de precipitarse a la hora de elegir a



quiénes debían vacunar.

Eran cinco, ¡solo cinco!, los que sabían lo que siete mil millones de seres humanos deseaban saber, y evidentemente la carga resultaba excesiva.

—No podemos callarlo.

—Pero tampoco decirlo.

—¿Y qué contará la historia sobre quienes sabían que existía una vacuna pero permitieron que tantos infelices murieran?

—Lo que cuente la historia me importa un bledo —sentenció Enzo agitando su pipa—. Me importa lo que dirían mi mujer y mis hijos si supieran que sé como salvarlos y no lo hago.

—Puedes hacerlo —puntualizó Lena.

—Desde luego, pero al día siguiente mi mujer me pediría que salvara a su hermana, su cuñado y sus sobrinos. Y lo mismo os ocurriría a vosotros, con lo que dentro de una semana una multitud desesperada derribaría esa puerta buscando una vacuna que no podemos proporcionarle.

—¿Y qué solución propones?

—Seguir trabajando mientras encontramos caminos paralelos.

—¿Al referirte a caminos paralelos te estás refiriendo a especies similares...? —se sorprendió Diana.

—Similares o afines por muy lejanos que parezcan.

—Podemos remontarnos a la prehistoria.

—Más vale remontarse a la prehistoria que aproximarse a la posthistoria. Al fin y al cabo, hemos comprobado que esos virus tenían un antepasado común que ha ido evolucionando de muy diversas formas.

—Volvemos a lo mismo: la evolución de las especies, pero nunca he sabido si los diferentes tipos de pinzón en los que Darwin basó sus teorías ponían el mismo tipo de huevos o tardaban el mismo tiempo en empollarlos.

—No creo que ni él mismo lo supiera, al igual que nosotros ignoramos cuál es el tiempo de gestación de un «Desmodus».

—Varía entre los tres y los seis meses.

—De eso no estamos seguros. Entre tres y seis meses suele ser el tiempo de gestación de la mayor parte de los murciélagos, pero por ser hematófago el «Desmodus» resulta único, y tampoco sabemos cuántas crías suele tener en cada parto.

—No más de dos —intervino Richard.

—Pues en ese caso pasarán años antes de que contemos con el material genético necesario para empezar a trabajar en serio porque la mayor colonia de «Desmodus» se encuentra en las selvas de la cordillera andina ecuatoriana y a casi tres mil metros de altura —se llevó la pipa a la boca, aspiró con delectación, como si estuviera tragando humo en lugar de aire, alzó los ojos evocando viejos tiempos e inquirió—: ¿Os acordáis de la epidemia de ébola de hace siete años...?

—Cómo olvidarla.

—En ese tiempo trabajaba para un laboratorio alemán que me envió al Congo a intentar averiguar algo sobre los supuestos estudios de unos misioneros que al parecer estaban obteniendo resultados del veinte por ciento de casos letales, cuando es cosa sabida que la tasa de mortalidad del ébola suele alcanzar el ochenta por ciento.

—Desconocía esa faceta aventurera de tu currículum —comentó Lidia con una divertida sonrisa—. Siempre te había considerado un ratón de biblioteca.

—Nosotros no somos ratones de biblioteca sino ratas de laboratorio, querida, pero dejando las bromas a un lado, lo cierto es que conseguí acceder a un galpón que se había utilizado en otro tiempo como aserradero y lo primero que me llamó la atención fue que contenía medio centenar de jaulas repletas de murciélagos.

—Ya estamos otra vez con la matraca de los murciélagos —protestó Dimitri—. ¿Hasta cuándo?

—Hasta que dejen de ser un referente en todo cuanto se refiere a epidemias. Y los que yo vi no eran «Desmodus hematófagos», sino frugívoros de la familia «Pteropodidae».

—¡Vaya por Dios! Eso me tranquiliza.

—¿Puedo continuar con mi historia?

—Puedes.

—¡De acuerdo! No lejos del galpón, un grupo de nativos parecía recuperar fuerzas, pero un guardia me impidió aproximarme y al poco acudió un misionero, que por lo visto había sido sargento de la legión, que me ordenó que diera media vuelta y no volviera a no ser que trajera víveres, ropas o medicinas.

—Normal... A esos lugares no se va con las manos vacías.

—Intenté sonsacarle sobre el número de enfermos que habían conseguido salvar, pero me respondió de muy malas maneras que no me mandaba al infierno porque ya estaba en él, pero que me largara cuanto antes o me echaría a patadas.

—¿Era católico...?

—¿Y qué más da que fuera católico, protestante o evangelista para que me pateara el culo? —fue la agria respuesta—. Era una especie de «Rambo» con sotana, pero al día siguiente conseguí saltar el muro, atisbar por la ventana y lo que pude ver me dejó helado; había docenas de enfermos derrengados en los camastros, gente que gemía, vómitos por todas partes y tres monjas que se afanaban por atender a los pacientes mientras otras dos diseccionaban pangolines y murciélagos.

—¡Qué manía!

—¡Por Dios, Dimitri! —se lamentó Diana—. Déjale en paz.

—¡Gracias, bonita! Por lo visto descartaron a los pangolines porque las muestras de virus que les tomaron carecían de la cadena de aminoácidos que aparece en el que afecta a los seres humanos. Para entonces ya había vuelto con dos camiones cargados de víveres, ropas y medicina, y a la vista de ello se mostraron más locuaces admitiendo que «su mejunje» estaba dando resultados, aunque aún era pronto para cantar victoria.

—Resulta comprensible que no quisieran precipitarse.

—Comprensible sí, pero a mí el laboratorio me exigía resultados porque corría el rumor de que gringos y chinos estaban ya tras la misma pista, por lo que les hice una última oferta: quince millones en mano y el veinte por ciento de los beneficios.

—Poco me parece.

—Poco en efecto, pero se conformaron demostrando una honradez digna de alabanza puesto que me entregaron dos maletas repletas de anotaciones y murciélagos disecados, pagaron a los nativos que habían hecho el papel de enfermos y desaparecieron.

—¿Qué has querido decir con eso de que «habían hecho el papel de enfermos»?

—Que se habían comportado como auténticos profesionales actuando como extras de cine.

—¿Bromeas...?

—¡Qué más quisiera yo! Se esfumaron ante mis narices.

—¿O sea que se trataba de una estafa?

—La mejor montada de que se tenga conocimiento, porque no tuvo lugar en los despachos de una ciudad sino en plena selva, rodeados de leopardos, serpientes, arañas y mosquitos.

—La verdad es que hay gente muy avispada... —sentenció Lena.

—Mucho. Sobre todo teniendo en cuenta que eran auténticos misioneros, y que al cabo de tres meses se instalaron en Ruanda para continuar con sus investigaciones.

—¡No es posible!

—Lo es, y allí siguen obteniendo excelentes resultados. Lo único que habían hecho era financiarse a costa de una empresa farmacéutica demasiado ambiciosa.

—De la que probablemente te despidieron.

—Y con razón. Pero cuando me enteré de lo de Ruanda me alegré porque los cabronazos eran muy simpáticos y muy sacrificados. Hay que tener un par de cojones para jugarse la vida diseccionando murciélagos cuando esa misma mañana has enterrado a tres enfermos de ébola.

—¿Podríamos localizarlos?

—¿Para qué? Ellos investigan sobre el ébola, nosotros sobre coronavirus.

—Pero ambas son epidemias letales, y lo más importante es que esos misioneros no trabajan sobre vacunas, sino sobre fármacos que reduzca los índices de mortalidad. Ya tenemos una vacuna, pero el principal escollo se centra en cómo aplicarla sin provocar una guerra. Sin embargo, siempre se sabe a qué enfermo de gravedad debemos proporcionarle un fármaco.

—¿O sea que tendríamos que colaborar con ellos?

—O con el mismísimo demonio si fuese necesario. A riesgo de resultar repetitivo, insisto en que no es momento de perder tiempo con unas vacunas de cara a un futuro más o menos lejano y que desde un punto de vista social se han vuelto casi tan peligrosas como el propio virus. Es hora de enfrentarse a él con todas nuestras armas, intentar debilitarlo, conseguir que mute a una cepa menos letal, y rogar porque tenga una fecha de caducidad predeterminada, como aseguran algunos que tenía la gripe española.

—Nunca he compartido esa teoría.

—Tampoco yo, pero cuando ves como se llenan los cementerios o como un fascista como Bolsonaro permite que el mal penetre hasta el mismísimo corazón del Amazonas, o te aferras a alguna teoría o te cuelgas de un pino.

## CAPÍTULO III

—Es simpático.

—A ratos.

—Y tiene buena pinta.

—Sí. Pinta muy bien. O mejor dicho, dibuja muy bien.

—No me refiero a eso.

—Ya sé a qué te refieres, pero si se te ha pasado por la cabeza la idea de que se me vayan a caer las bragas por el primer par de pantalones jóvenes que entran en esta casa, es que eres más pederro de lo que creía, lo cual es decir mucho.

—¿Por qué tienes que emplear un lenguaje tan vulgar?

—Porque he tenido el mejor maestro, porque me ofendes y porque me molesta que mamá tenga razón cuando dice que los hombres siempre pensáis en lo mismo.

—¡Caray! —se lamentó su tío—. Menudo chorreo. Si lo sé no vengo.

—Es que calladito estás más guapo. Y ahora deja de hacer de psicoanalista de pacotilla y cuéntame algo que me interese.

—¿Como qué?

—Mal empezamos.

—Llevo casi diecisiete años contándote cosas y se me están agotando los temas.

—No es tan difícil: bastará con que me cuentes cómo era la vida antes de que llegara la epidemia. ¿Qué hacías, con quién te reunías o de qué hablabas?

Para Samuel aquel constituía un planteamiento extraño y en cierto modo perturbador. ¿Qué hacía cuando disfrutaba de libertad de movimientos; con quién se reunía cuando no vivía con miedo a ser contagiado, y de qué hablaba cuando el maldito virus no se había convertido casi en el único tema de conversación?

—Iba a los bares, las discotecas, al cine o al teatro. Me reunía con los amigos y hablaba de fútbol, libros o mujeres... Lo normal.

—Yo no llegué a tiempo de saber qué es «lo normal» —le recordó Aurelia con un perceptible tono de amargura—. Lo veía en la tele y pensaba que algún día podría ir a una discoteca o a la ópera, pero...

—¿A la ópera? —pareció sorprenderse su tío—. Nunca te ha gustado la ópera.

—Las personas cambian cuando maduran.

—Y casi siempre a peor, pero no sabría decir si esto de la ópera es a mejor o a peor. A mí solo me gusta «Aida».

—Porque eres un apasionado de lo exótico. ¿Cuál más has visto?

—Ninguna.

—¿Entonces cómo sabes que no te gustan?

—Porque las he oído.

—Ceporro.

—¿Ves lo que ocurre por ser amable? —se lamentó su tío—. Pierdo mi tiempo intentando explicarte cómo era una forma de vivir que nunca conocerás y acabas llamándome ceporro. En mi juventud yo podía decirle a una chica que no me gustaba la ópera pero me encantaba la música *country* y no pasaba nada. Ahora parece que todo tiene que ser puñeteramente trascendente.

—Será porque resulta puñeteramente trascendente saber que nunca vivirás esas sensaciones y que en cualquier momento comenzará a faltarte el aire, te entrarán convulsiones y la diñarás sin que nadie te haya dicho que tienes unos pechos preciosos.

—Tienes unos pechos preciosos, pero supongo que proviniendo de tu tío carnal eso no cuenta.

—No cuenta.

—¡Bien! Volvamos al principio; estás en una discoteca y un chico te dice que tienes unos pechos preciosos... ¿Qué haces?

—Le doy una hostia que lo descoyunto.

—Así nunca llegarías a ninguna parte.

—Antes tenía que haberme dicho que tengo unos ojos preciosos.

—Es que las discotecas solían estar en penumbras y destacaban más los pechos que los ojos.

—En eso no había caído, ya ves tú.

—Las discotecas gastaban menos en luz que el mercado de Wuhan en agua, lo cual le añadía morbo al tema, aunque lo cierto es que el morbo ya lo llevábamos de casa.

—Ya estamos otra vez con lo del morbo y el sexo. Cambiemos de tema. ¿Ibas al fútbol?

—A veces.

—¿Y qué se siente al estar rodeado de cien mil personas? Yo nunca he estado donde haya más de treinta.

—Depende de que estés eufórico porque tu equipo va ganando, o cabreado porque está perdiendo. En ocasiones los gritos recordaban el aullido del viento cuando navegas por el Cabo de Hornos.

—Tú nunca has navegado por el Cabo de Hornos; si lo hubieras hecho llevarías un anillo en la oreja.

—Esa fue una hermosa tradición marinera hasta que unos niños pitongos que ni siquiera habían visto el mar comenzaron a ponerse anillos en las orejas, la nariz e incluso el ombligo. A partir de ese momento se convirtió en una hortera.

—Se supone que hortera viene de huerta y nosotros somos hortelanos.

—Nosotros somos granjeros, que no es lo mismo, y si empiezas con los juegos de palabras me voy a dar de comer a los cerdos, que proporcionan chorizos, mientras que tú solo proporcionas dolores de cabeza.

—¿Fue en una de esas discotecas de poca luz donde conociste a Tatiana?

—Odiaba las discotecas. Trabajaba en una librería, lo cual resultaba mucho más complicado. En una discoteca el barman casi nunca te pregunta si te gustó el cóctel que te sirvió la noche antes,

pero en cuanto entraba en la librería, Tatiana me preguntaba si me había gustado la novela que me había llevado el día anterior. ¿Tienes una idea del esfuerzo que significa leerse un «tocho» de cuatrocientas páginas y no responder majaderías cuando descubres que todos los problemas vienen dados porque el protagonista era bipolar?

—¿Y eso qué quiere decir?

—Nunca lo he tenido muy claro, o sea que olvídale. Lo que importa es que además de una mujer maravillosa conseguí una notable cultura.

—¿Los libros que tienes en tu cuarto se los compraste a Tatiana?

—La mayoría. Y aún recuerdo cómo los sacaba de las estanterías mientras me comentaba quién era el autor, cuándo lo había escrito y por qué debía leerlo. Amaba los libros tal como luego me amó a mí y yo a ella. Tan solo hubo un tema en el que siempre estuvimos en desacuerdo: adoraba a Thomas Mann y yo lo aborrecía.

—¿Por qué?

—Tanta muerte y tanto intelectual tuberculoso de «La Montaña Mágica» me deprimían, de la misma manera que me había deprimido «Muerte en Venecia», con aquel viejo pedófilo babeando por un efebo mientras el cólera mataba inocentes, los cadáveres flotaban en los canales y la ciudad apestaba. Thomas Mann era meticuloso hasta en los detalles más nimios, tal como lo fue luego Visconti en la película.

—No la he visto.

—Y supongo que nunca la verás, con lo cual te perderás una séptima parte de las cosas bellas de la vida porque no sé si sabrás que el cine está considerado el Séptimo Arte.

—Recuerdo que algunos sábados nos llevabais al cine. Me encantaba sentarme a ver «Superman» comiendo palomitas.

—Falta nos está haciendo un buen «Superman».

—Supongo que el virus sería su «criptonita», aunque no creo que consiguiera vencerlo porque lo que en este caso se necesita no es fuerza sino inteligencia.

—Pues no veo que los inteligentes, que acepto que hay muchos, estén consiguiendo resultados. Necesitaríamos un golpe de suerte como el que le permitió a Fleming descubrir la penicilina.

—La descubrió porque era inteligente.

—Y porque sabía que muchas culturas primitivas usaban hongos para curar infecciones. La inteligencia sin conocimientos previos no basta.

—En ese caso estoy jodida porque no tengo ni lo uno ni lo otro.

—Yo no estoy tan seguro. A veces...

Se interrumpió debido a que había hecho su entrada Víctor, que tras tres días de recuperar fuerzas a base de comer a dos carrillos y dormir durante horas, venía a comunicarles que les agradecía cuanto habían hecho por él, pero que había llegado la hora de seguir su viaje con el fin de plasmar en directo el «nuevo mundo» que había nacido tras la eclosión de la epidemia.

Había creado dos curiosos personajes: el ingenioso hidalgo don Samuel de Saavedra y Calatrava, noble provinciano venido a menos al que años de obligado encierro por culpa de la epidemia habían afectado mentalmente, que ahora recorría el país enmendando entuertos en compañía de su fiel sobrina, Aurelia.

A falta de caballo flaco o buen rocín utilizaban bicicletas, pero el hecho de pedalear durante horas bajo un sol abrasador o una insistente lluvia que enfangaba los caminos no les desanimaba.



Tampoco les detenía el frío, el viento o las piedras con las que intentaban alejarles unos zafios pueblerinos que no les permitían aproximarse.

—¿Es así como nos ves? —se lamentó Aurelia tras echar una ojeada a su carpeta de dibujos—. ¿Como a un escuálido don Quijote y un Sancho Panza culo vaca?

—¡Un momento! Eso no es un culo vaca, sino un precioso trasero.

—Que repites tres veces en cada página.

—Porque vas en bicicleta.

—Podrías dibujarme más de frente y menos de espalda. Y la escena en que me baño en el río no viene a cuento.

—Un cómic se vende por la belleza de sus dibujos, no por la profundidad del pensamiento.

—Pues en este caso te equivocas —intervino Anabel sentándose a la mesa mientras le daba el pecho al niño—. No estás contando una historia banal, sino la de los peores momentos que ha vivido la especie humana, y si tuvieras la mitad de inteligencia que de habilidad dejarías una obra imperecedera.

—¡Bobadas!

—¿Bobadas? Lo más valioso que nos queda de la prehistoria son unas pinturas rupestres que nos permiten saber cómo eran o cómo vivían nuestros antepasados. Tus dibujos deben dar fe de lo que está sucediendo, o sea que deja de pintar culos e intenta pasar a la posteridad.

—Jamás he pretendido pasar a la posteridad.

—Porque jamás vislumbraste una posibilidad de conseguirlo, pero es como si se te hubiera aparecido el genio de la lámpara.

—Tendría que pensarlo, pero me consta que sería una pérdida de tiempo.

—¿Sabes lo que le ocurrió a Aladino cuando el genio le dijo que podía pedirle un deseo?

—Ni idea.

—Aladino le respondió, «Dame tiempo para pensarlo». En ese momento el genio comenzó a alejarse por lo que Aladino le gritó: «Aún no te he pedido el deseo» y el genio le respondió: «Sí que lo has pedido: ‘Tiempo para pensarlo’, o sea que tienes el resto de tu vida para pensar en lo que deseas».

—¡Qué cabronada!

—Le ocurre a la mayoría de la gente; piensa demasiado y actúa poco.

—Que yo recuerde, la historia no es exactamente así —le corrigió su hermano—. Le dijo que podía pedir tres deseos, pero la moraleja es válida en unos tiempos en los que, con la disculpa de la epidemia, la gente se ha vuelto perezosa.

—Es que no apetece esforzarse si sabes que mañana puedes estar muerto.

—Nadie ha tenido nunca la absoluta certeza de que mañana estará vivo, o sea que ese argumento no me vale. Y la prueba la tenemos en que los médicos y los sanitarios, que son quienes más peligro corren, son los que más trabajan.

—Será porque lo único que pretenden es salvar vidas y cualquier otro esfuerzo se les antoja secundario.

—Salvar vidas no es lo único importante puesto que a la larga todas las vidas acaban por perderse; lo esencial es que no se pierdan unos conocimientos que se han ido acumulando a lo largo de milenios.

—¿Como la forma de construir una bomba atómica...? —inquirió Laura con su habitual mala

uva.

El merecido coscorrón que le atizó su tío con unos nudillos que parecían de acero le obligó a lanzar un quejido.

—¡No te pases de lista, renacuajo!

## CAPÍTULO IV

Las tres jovencísimas esposas de Omar Suleimán bin Fasi bin Salman rieron y aplaudieron cuando lo vieron caer al agua y nadar con el culo al aire, por lo que lo primero que hicieron fue pedir asilo político puesto que poca culpa tenían de que sus padres las hubieran obligado a casarse con semejante sabandija grasienta.

Por su parte, la supuesta esposa de Deodato Carballo, una exuberante ex candidata a «Mis Venezuela», no tardó en confesar que jamás se había casado con el general, pero que tras dos años de «amancebamiento» estaba en condiciones de revelar una gran cantidad de detalles sobre sus actividades delictivas, siempre que le garantizaran seguridad.

—¿Qué clase de detalles? —fue la primera pregunta.

—Dónde oculta la mercancía.

—¿Qué «mercancía»?

—Principalmente cocaína.

—¿Qué cantidad?

—Unos ochocientos kilos.

—¿Eso es absurdo! —protestó el capitán Rossi—. Nadie puede haber traído ochocientos kilos de cocaína desde Venezuela.

—Deodato sí. Y me consta que ya tenía almacenados otros seiscientos —la astuta muchacha hizo una pausa, sonrió coquetamente y concluyó—: Por lo menos...

Bambi Gálvez era una mujer fascinantemente atractiva y muy inteligente, lo que no resultaba en absoluto extraño puesto que en el caso de haber sido tonta o fea no habría conseguido sobrevivir en compañía de narcotraficantes de tan baja estofa y altos vuelos.

Hombres como Maduro, el «Turco El Aissieri», y sobre todo Deodato Carballo, habían arruinado a uno de los países más ricos del planeta, y el simple hecho de haber logrado salvar el pellejo garantizaba su habilidad a la hora de moverse muy bien tanto dentro de una cama como fuera de ella.

—¿Pretendes hacernos creer que sabes dónde se encuentran mil cuatrocientos kilos de cocaína? —inquirió un incrédulo Óscar.

—A no ser que el puñetero virus determine que ochocientos y seiscientos no siguen sumando mil cuatrocientos.

—¿Y nunca intentaste apoderarte de ellos?

—¿Me estás mamando gallo...? —protestó la venezolana llevándose el dedo índice a la sien.

—¿Y eso qué significa?

—Que me estás tomando el pelo, caraculo. Lo primero que se aprende en este oficio es a no tocar la mercancía porque una rosa abonada con coca se vuelve una alcachofa —buscó en su bolso, encendió un cigarrillo y lanzó un provocativo beso a los tres hombres y a la mujer que la observaban—. Y ahora dejémonos de pendejadas y vayamos al grano porque ya me he comido demasiados cambures y no quiero comerme ni uno más.

—¿Qué es un cambur? —quiso saber Camila.

—Un plátano así de grande y así de gordo, querida —fue la soez y divertida respuesta de quien parecía feliz de haberle hecho caer en la trampa—. Sabe a demonios a no ser que lo cortes en rodajas y lo frías, cosa que su dueño nunca está dispuesto a permitir.

Mubarac se estaba cansando de un juego para el que la descarada venezolana parecía estar increíblemente capacitada.

—¡De acuerdo! —admitió—. Te proporcionaremos protección, te cuidaremos, y a cambio nos dirás dónde se esconde esa cocaína.

—Con un error de cien metros.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—La seguridad es esencial para una chica de mis características porque de lo contrario ya me habría quedado embarazada seis veces y me habría convertido en una foca... ¿Hay trato o no hay trato?

—Hay trato.

—Pues si me dais media hora para recoger mis cosas nos ponemos en marcha.

—¿Cómo que nos ponemos en marcha? —se desconcertó Óscar—. ¿Adónde crees que vas?

—A buscar esa coca, pendejo. ¿O es que crees que serías capaz de encontrarla solo?

—Si me dices dónde está...

—No la encontrarías ni aunque te estuvieras meando encima. Y tengo que largarme de este barco antes de que los vigilantes vengan a por mí.

—¿Qué vigilantes?

—Los que vigilaban a Deodato.

—¿Y por qué lo vigilaban?

—Porque «El Turco» no se fía de él. Le hace seguir a todas partes y ahora que Deodato se ha ido vendrán a por mí, suponiendo que sé a dónde se dirige.

—¿Y lo sabes?

—Lo supongo.

—¿Y por qué debemos creerte si ni siquiera tu nombre es auténtico? Aquí dice que te llamas Consuelo.

—Sí. Me llamo Consuelo y he sido el consuelo de muchos a los que ya no se les empinaba, pero todos me llaman Bambi.

—¿Por qué?

—Imagino que por lo mismo que a ti deberían llamarte Dumbo.

Aceptar la derrota resultaba amargo y muy frustrante pero llegaron a la conclusión de que Bambi Gálvez era una escurridiza anguila que parecía estar diciendo la verdad.

Aseguraba que el ministro del petróleo venezolano, «El Turco El Aissieri», uno de los hombres fuertes de la mal llamada «Revolución bolivariana» y principal abastecedor de cocaína a

Norteamérica, cuyo gobierno ofrecía diez millones dólares por su captura, había sido el proveedor de la droga que encontraron a los «narcosobrinos» de Maduro, lo que les había valido que los encerraran en una prisión federal con una condena de dieciocho años.

Se le consideraba el jefe indiscutible del «cartel de los Soles o de los Generales», que era como se denominaba a los militares venezolanos que habían amasado inmensas fortunas mientras desangraban a sus conciudadanos, y se aseguraba que, por si todo ello no bastara, había montado un laboratorio de anfetaminas en algún lugar de la costa.

También lo perseguían por ello, pero la súbita aparición de la epidemia había propiciado que el tema quedara relegado a un segundo término.

El más virulento de los virus estaba protegiendo al más parasitario de los parásitos.

A la vista de la relevancia de los personajes y de la magnitud de los crímenes que se les achacaban, Óscar llegó a la conclusión de que ni siquiera Bambi Gálvez sería capaz de afirmar que sabía dónde se ocultaba tan comprometedor botín si no fuera cierto.

No estaba fantaseando sobre personajes de ficción, sino de carne y hueso que ocupaban las páginas de los diarios por la magnitud de sus crímenes, y que además habían obligado a emigrar a una tercera parte de sus compatriotas.

Quienes habían matado de hambre a millones de venezolanos por el simple hecho de tener más poder o más dinero no merecían seguir viviendo, y por lo tanto Óscar decidió que Camila y el capitán Rossi se quedarían al mando de los barcos mientras Mubarak y él acompañaban a la venezolana.

Se hacía necesario impedir que tan gigantesca cantidad de droga se pusiera en circulación entre una desesperada población cuyas reacciones empezaban a resultar incontrolables.

Si una juventud que se enfrentaba al tenebroso futuro en el que todo se limitaría a trabajar bajo la constante amenaza de un nuevo contagio o encerrarse en casa hasta que las tensiones familiares les pusieran al borde de la histeria descubría que las drogas constituían la mejor forma de evadirse, la mayor parte de esa juventud acabaría por convertirse en un despojo en manos de hombres como Maduro, Carballo o El Aissieri.

—Nos iremos al amanecer —sentenció—. Y los que os quedáis aquí debéis impedir que nadie desembarque porque necesitaremos disponer de alguna ventaja.

—Perseguir delincuentes no es tu trabajo —le recordó Camila.

—Tampoco lo es mandar un barco, y ya estoy hasta el gorro de hacerlo. Es hora de cambiar de aires, y si no encuentro esa droga al menos encontraré el camino de regreso a casa.

—Bendito tú que tienes una casa a la que regresar y te has ganado a pulso volver a ella. Te vamos a echar de menos.

—La epidemia nos está acostumbrando a no añorar a aquellos que amábamos o aquello que nos gustaba; nos ha enseñado a resignarnos a situaciones que antaño hubiéramos considerado inaceptables ni aún bajo las peores dictaduras.

—¿Y eso es bueno o es malo?

—Es malo y por eso debemos encararlo.

\* \* \*

Un hombre muy alto y de impresionante presencia física penetró en la estancia sin molestarse en

llamar a la puerta, se apoderó de una silla, se unió al grupo y comentó, con un vozarrón que estaba de acuerdo con su aspecto:

—¡Bien! Aquí estamos y ahora somos seis.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que han oído, y no intentes disimular porque sé de lo que hablo —señaló directamente a Diana—. Llevamos dieciocho años casados, conozco muy bien su trabajo, he leído algunos de los documentos que esconde en el desván y estoy convencido de que habéis encontrado una vacuna.

—¡Pero qué tonterías estás diciendo! —protestó visiblemente alterada la aludida.

—¿Me tomas por estúpido? Hace dos semanas tuviste un acceso de fiebre y te creció un bulto en el brazo, justo aquí, donde se suelen inyectar las vacunas.

—Eso no demuestra nada —le hizo notar aquel al que denominaban Richard.

—Posiblemente. Pero si cuento lo que está ocurriendo aquí y hago públicos esos documentos tendréis que explicar la razón de tanto misterio. Cuando miles de personas mueren no se puede consentir que cinco «sabios» se conviertan en los dueños de una vacuna, por muy sabios que se consideren.

—En caso de que existiera esa vacuna no seríamos sus dueños sino únicamente sus administradores.

—En ese caso poco importará que los administradores sean cinco o seis —insistió el hombretón con una agresiva actitud que obligaba a comprender que no abandonaría la estancia sin haber obtenido lo que pretendía, y que de improviso se volvió a apuntar de nuevo a su mujer casi amenazadoramente—. He trabajado muy duro para que estudiaras una carrera y te dedicaras a la investigación en lugar de quedarte en casa fregando suelos y limpiando culos, o sea que me debes parte del éxito.

—Eso es cierto.

—¿Entonces...?

—Los maridos, las esposas y los hijos de cuantos estamos aquí han tenido que sacrificarse de igual modo y no se pueden hacer excepciones.

—Con una diferencia: no saben lo que yo sé, y me importa muy poco lo que hagan o piensen esas mujeres, esos maridos o esos hijos. Quiero esa vacuna. ¡Necesito esa vacuna!

—Tenemos muy pocas y otros la necesitan más.

—¿Quiénes?

—Muchos —sentenció Richard—. El hospital en el trabajaba era el mejor de Europa, pero cuando llegaba un corazón joven no se le trasplantaba al primero de la lista de espera, por muy rico o importante que fuera, sino a quien tenía más posibilidades de vivir largo tiempo. En eso se basa la ética profesional, y los que estamos aquí hicimos un juramento hipocrático.

—Mí mujer no, porque no es médico. Ni yo tampoco. Y lo que me gustaría saber es por qué coño se llama «La Vacuna Húngara».

—Porque ninguno de nosotros es húngaro ni ha puesto un pie en Hungría. Si la noticia llegara a oídos de alguien y buscara allí perdería el tiempo.

—Os pasáis de listos, pero yo no pienso ir a Hungría. Me basta con salir a la calle y llamar a unos cuantos periodistas.

—¿Sin reparar en el daño que vas a causar?

—El peor daño posible sería contagiarme, morir como un perro y que dejaran mi cuerpo en el



Palacio de Hielo a la espera de que lo incineraran sin testigos porque ya ni para muerto vales.

—¡De acuerdo! —intervino Enzo, que se había limitado a chupar su pipa evidentemente preocupado—. Tenemos cosas más importantes que hacer que pasarnos el día discutiendo si seremos cinco o seremos seis. Dimitri; ve al laboratorio, trae una dosis y acabemos con esto.

—¿Estás seguro?

—No. Pero si alguien tiene una idea mejor que levante la mano.

Se consultaron con la mirada y nadie pareció tener una idea mejor, por lo que el apodado Dimitri se puso en pie de mala gana, abandonó la estancia y al poco regresó con un frasco, una jeringuilla y un algodón empapado en alcohol.

—¡Levántate la manga! —ordenó.

Todas las miradas permanecieron pendientes del émbolo, de cómo se llenaba de un líquido levemente azulado, y de cómo iba penetrando en la carne con desesperante lentitud.

En el momento en que hubo desaparecido por completo, la segunda componente femenina del grupo, Lena, inquirió interesada:

—¿Eres creyente?

—Lo soy.

—En ese caso te aconsejo que te pongas a bien con Dios porque dentro de tres minutos empezarás a marearte, dentro de cinco estarás muerto y cuatro de nosotros, que sí somos médicos, certificaremos que te dio un ataque al corazón y caíste fulminado.

## CAPÍTULO V

Embarcaron en una de las lanchas que el «Cruz del Sur» utilizaba para que sus pasajeros fueran a pescar, bucear o bañarse en playas desérticas, la abastecieron muy bien de combustible, agua y víveres, y pusieron proa al sur siguiendo las instrucciones de una descocada venezolana que de inmediato se despojó de la parte superior de su minúsculo «tanga», extendió una tolla y se tumbó al sol como si disfrutara de unas bien merecidas vacaciones.

Mientras se alejaban de la que habían denominado «Ciudad Vagabunda», aunque en realidad debería haberse llamado «Ciudad Flotante», tanto Óscar como Mubarak experimentaron una curiosa sensación de alivio y pena.

Pena porque comprendían que estaban dejando atrás una magnífica obra que habían creado juntos, y alivio por abandonar al fin un ambiente que había acabado por volverse obsesivo.

La vida a bordo constituía una demoledora monotonía en la que ni siquiera cabía la posibilidad de que una súbita tormenta obligara a cambiar de rumbo mientras destrozaba vasos y platos, por lo que era como sentirse atrapados en el tiempo, del mismo modo que se habían sentido atrapados en el tiempo todos aquellos que se veían obligados a respetar una «cuarentena» que superaba ya los cuatrocientos días.

«El hombre es un animal de costumbres», pero cuando a esas costumbres se les añade el miedo a ser contagiado por un virus letal, lo que antaño resultaba agradable pasa a convertirse en un insoportable tormento.

Amantes de la paz y el silencio, aquellos a los que nunca les apetecía salir a pasear por unas calles atestadas de rugientes vehículos o unos parques repletos de niños aulladores maldecían al comprender que ahora no circulaban coches ni gritaban niños, pero la muerte acechaba en cada esquina.

Óscar nunca había sido un animal de costumbres, pero cuando al doblar un cabo se enfrentó a la inmensidad del mar y de una agreste costa sobrevolada por miríadas de aves marinas que chillaban histéricas mientras disfrutaban de un interminable banquete en unas aguas que parecía hervir de peces, sintió un nudo en la garganta.

Añoró más que nunca las llanuras manchegas.

Añoró más que nunca un suelo firme y fiable.

Añoró más que nunca el canto de una alondra.

Se le empezó a revolver el estómago viendo como saltaban alegres los delfines, viendo como avanzaban sin prisas las tortugas, y sobre todo viendo como una enorme ballena se aproximaba lentamente.

—¡La leche!

—¡Calla, coño!

Y es que Bambi daba gritos de entusiasmo dejando evidencia de que sus nalgas y sus pechos eran tan firmes como las rocas del acantilado.

La ballena giró en torno a la embarcación, lanzó un despectivo chorro de agua y se alejó mar adentro.

El sol estaba ya muy alto cuando decidieron buscar refugio en una tranquila bahía y darse un reconfortante baño con el fin de refrescarse antes de almorzar.

Al concluir, y tras el café, la venezolana encendió un cigarrillo e inquirió, como si fuera lo más natural del mundo:

—¿Os apetece un «pompino»?

—¿Y eso que es?

—Una mamada al estilo italiano.

—¡Por favor...!

—No es ningún favor.

—¡Pero, Bambi...!

—¿Bambi... qué? Sois jóvenes, guapos y estáis limpios y saladitos, todo lo contrario que Deodato, que es viejo, feo y apesta a ron barato. Creo que me merezco un buen «pompino» después de haber tragado tanta quina, por llamar quina a cualquier cosa.

Hizo intención de extender la mano hacia el muslo que tenía más cerca —no importaba cuál— pero se detuvo al observar la expresión de quienes parecían tan tensos como si la ballena estuviera a punto de abalanzarse sobre ellos.

—Pero ¿qué pasa? —estalló—. ¿Nadie os ha hecho nunca una mamada? —ante el casi avergonzado gesto de ambos muchachos se llevó teatralmente las manos a la cabeza—: ¡Dios Bendito! ¡Qué vaina tan incommensurable! ¡Y qué desperdicio! A ver si va a resultar que sois vírgenes.

Un silencio, profundo, casi abismal y en el que tan solo se percibía el rumor del agua golpeando la embarcación o los graznidos de las aves marinas, fue la más clara respuesta a tan comprometedor pregunta.

—¡No puedo creerlo...! ¿Lleváis meses dirigiendo un barco repleto de mujeres y no os habéis acostado con ninguna?

—Nuestro deber era protegerlas.

—A veces una mujer se siente más protegida cuando duermes a su lado, capullo, que no sois más que un par de capullos... —lanzó la colilla del cigarrillo por la borda y comenzó a tirar de la cadena del ancla—. Aunque ya me encargaré yo de que esos capullos florezcan. Si el Señor ha tenido a bien concederme tan justo premio a mis desvelos, no seré yo quien lo desperdicie. ¡En marcha!

Continuaron bordeando la costa, dejando atrás pequeños pueblos, lujosos palacetes y extensas zonas en las que un par de años antes crecían sombrillas, intentando hacerse a la idea de que tendrían que pasar muchos veranos antes de que aquellas playas dejaran de ser arena muerta que el viento arrastraba a su capricho.

—La última vez que estuve aquí los turistas se levantaban al amanecer para tumbarse lo más cerca posible de la orilla. Era como un hormiguero.

—¿Prefieres verlo así?

—En Venezuela tenemos un dicho: «Bueno es cilantro, pero no tanto». Triste es que el que te den a elegir entre dos opciones malas, pero sin duda esta es la peor. Y ahora vámonos porque el espectáculo me deprime.

Caía la tarde en el momento en que avistaron los primeros edificios de una urbanización que se alzaba casi como un anfiteatro en torno a un puerto deportivo, por lo que se arrimaron a la costa, apagaron el motor y ocuparon el tiempo que quedaba de luz en estudiar el terreno con ayuda de prismáticos.

—Se ve poca gente.

—Lo que importa no es que sean pocos, sino que sean amigos o enemigos.

—No deben ser amigos porque se les ve muy separados.

—Es por el miedo al contagio, cretino. Y no es momento para chistes.

—¿Qué hacemos?

—Esperar a que oscurezca.

Esperaron, y era ya noche cerrada cuando atravesaron a remo la bocana del puerto y se aferraron al primer pantalán que encontraron a mano.

Los barcos lloraban, o al menos parecían hacerlo cuando el viento soplaba entre sus jarcias y los cascos se lamentaban mecidos por diminutas olas, puesto que se trataba de hermosas naves diseñadas para navegar cargadas de preciosas muchachas, aunque ahora llevaban demasiado tiempo cuarteándose al sol o pudriéndose bajo la lluvia.

Algunas ya habían sido derrotadas por lo que apoyaban la quilla en el fango dejando únicamente a la vista los palos y la camareta en lo que parecía constituir un ordenado cementerio puesto que a cada barco se le había asignado su nicho de antemano.

Casa, coche, segunda vivienda, atraque propio y yate constituían la culminación del sueño americano, del sueño europeo o de todo aquel al que le dieran la oportunidad de soñar, pese a que para muchos ese sueño se convirtiera en pesadilla.

La pesadilla afectaba especialmente a aquellos infelices a los que no les gustaba levantarse temprano y tomar pastillas para el mareo, y les horrorizaban las olas de más de dos metros, aunque les encantaran las gorras blancas, los jerséis con anclas, los relojes sumergibles y alardear de pericia como regatistas.

Los tres intrusos, a los que nunca les había gustado alardear de gorras blancas, jerséis con anclas, relojes sumergibles y pericia como regatistas, se movieron muy despacio de atraque en atraque, por lo que pasó más de una hora antes de que Bambi susurrara:

—¡Aquí está...! «El Caragato».

Visto de proa hacía honor a su nombre, debido a que en la proa de la altiva goleta habían pintado unos ojos muy verdes, largos bigotes y la aviesa sonrisa de un malvado felino dispuesto a zamparse a su presa, fuera esta un ratón o una sardina.

—¿Estás segura?

La venezolana ni siquiera se dignó a responder, se apoderó de una palanqueta, reptó sobre cubierta, reventó de un solo golpe el grueso candado que impedía el acceso a la camareta y desapareció en el interior de la nave.

Siguió un largo silencio hasta que Mubarac comentó:

—Esto me huele mal.

—A mí también.

Y es que olía a gomaespuma ardiendo.

Al poco Bambi regresó exhibiendo un vaso de plástico mediado de polvo blanco.

—¡Vámonos o agarraremos un colocón de puta madre! Ahí dentro hay más de trescientos kilos de coca.

—¡No jodas!

—Será porque tú no quieres, guapo. Y mueve el culo porque he prendido fuego a los colchones y apestan.

Se alejaron mientras comenzaba a rodearles un humo espeso y agrio, y en el momento de cruzar la bocana pudieron ver como comenzaban a hacer su aparición las primeras llamas.

El espectáculo era demasiado excitante como para perderselo, puesto que el fuego se apoderó del «Caragato», los palos ardieron como teas, la verde pintura de los ojos se derritió dando la impresión de que lloraban, una catarata de chispas saltó hasta un catamarán vecino y a los diez minutos el solitario puerto deportivo se había convertido en una costosa sucursal del infierno.

\* \* \*

Víctor se marchó decidido a llevar a buen término la ingente misión de dibujar un cómic que quedara para la posteridad, y por alguna razón inexplicable en unos tiempos en los que nada resultaba explicable, unos días más tarde Saúl comenzó a sentir dolores musculares, le subió la fiebre y comentó que no percibía los olores y que la comida no le sabía a nada.

Casi simultáneamente advirtió que cada vez le costaba más esfuerzo respirar y en momentos muy puntuales tenía la sensación de estar a punto de asfixiarse.

Todos en la granja sabían lo que ello significaba, pero como no había ningún médico en cien kilómetros a la redonda y no era cuestión de trasladarlo a un hospital en el que probablemente le negarían la entrada, decidieron cuidarlo en casa pese a que pudieran contagiarse.

Al fin y al cabo, siempre habían sido y seguirían siendo una familia.

Dejaron que permaneciera en su dormitorio, el mayor de la casa, el que había pertenecido al patriarca y que había heredado como hijo mayor, razón por la cual Laura le cedió el suyo a su madre trasladándose al de su tía Anabel.

Y lo hizo encantada.

Anabel seguía siendo su heroína; la que no dudó a la hora de enfrentarse a la maledicencia, la que espantaba a la gente tocando el acordeón, la que permaneció hasta el último instante al lado del hombre al que amaba pese a que el virus le estuviera matando, y la que tuvo el valor de traer un hijo al mundo sin ayuda de nadie.

Compartir la cama de Anabel era tanto como compartir sus hazañas y sus disparatadas vivencias.

—¿Te he contado que hace años estuve liada con un corresponsal de guerra? —ante la silenciosa negativa añadió—: Fue una de las experiencias más decepcionantes de mi vida porque me acosté con él creyendo que me explicaría lo que había sentido cuando las balas le silbaban sobre la cabeza o los fundamentalistas islámicos le perseguían por el desierto, pero el muy cretino era un sieso que no fumaba, bebía ni se drogaba y hacía el amor como esos muñequitos a los que les das cuerda y se pasan minutos tocando el tambor.

—Pero en el cine y las novelas describen a los enviados especiales como tipos fríos y bragados que lo resisten todo.

—De lo de frío doy fe puesto que me costaba una hora calentarlo, pero de lo de bragado no porque le costaba otra media hora quitarme las bragas. Solo sabía expresarse escribiendo; me daba a leer sus crónicas, que a decir verdad eran muy buenas, pero en cuanto le preguntaba algo concreto se quedaba como alelado. A las dos semanas lo sustituí por un charcutero que tenía un pico de oro.

—No cambiarás nunca.

—En eso estriba la personalidad, pequeña; en no cambiar cualquiera que sean las circunstancias. Resulta fácil mantenerte firme en tus convicciones cuando el viento sopla a favor, pero cuando viene en contra le tienes que echar redaños y...

—¿Qué significa redaños?

—Supongo que cojones. Y ahora duérmete porque vamos a necesitar muchos redaños para hacer frente a esta situación.

La situación era en verdad compleja porque meses atrás aquella solitaria granja había estado considerada un fortín en el que se recibía a tiros a unos extraños que en ocasiones acababan enterrados en el bosque, y gracias a ello, y a una espartana rigidez que rondaba los límites de la inhumanidad, sus moradores habían conseguido librarse de la pandemia convirtiendo su espacio vital en una fortaleza en la que todos se mantenían firmes sabiendo que la única forma de derrotar a tan implacable enemigo era siendo aún más implacable.

Y había dado resultado.

Hasta aquel día.

Astuto y ladino, el indestructible virus había permanecido agazapado, mutando de aspecto, en apariencia debilitado y al borde de la derrota, pero todo en él era falso, y en cuanto se relajaron las medidas de contención encontró una grieta por la que atacar donde más daño hacía.

Saúl era el hermano mayor, el que había ayudado a su padre a plantar cada árbol y recoger cada cosecha, el que de niño cuidaba los cerdos, el que no había faltado al trabajo más que durante la semana de su corta luna de miel, y aquel al que su madre tuvo que enseñar a leer porque no había colegios cerca.

Tosco en apariencia, fuerte como un toro, con manos como mazas, piernas como columnas y una piel curtida por medio siglo de sol y viento, se había ganado a pulso el título del patriarca al que siempre se acudía en busca de consejo.

Pero ahora estaba allí, apretando los dientes para no gritar, clavando las uñas en las sábanas para no aullar y abriendo una y otra vez la boca en un desesperado intento por llenar de aire los pulmones.

En cuanto aparecieron los primeros síntomas, su hermana se mostró inflexible:

—Nadie entrará en su habitación. Nadie más que yo.

Tenía razones para decirlo puesto que el hombre al que amaba había muerto en sus brazos y por lo tanto se consideraba inmune al virus, y no estaba dispuesta a permitir que le arrebatara a un ser querido por segunda vez.



## CAPÍTULO VI

El destino marca unas reglas a las que ningún ser humano puede sustraerse.

Por mucho que sea el esfuerzo e ímproba la resistencia, lo que está escrito escrito está, y en la oscuridad de una noche tenebrosa, cuando el agotamiento de una dura jornada impedía ofrecer la menor resistencia, fueron asaltados en silencio con premeditación y alevosía, y fue así, de un modo tan dramático y con apenas un margen de diez minutos, como ambos cayeron hasta quedar convertidos en tristes guiñapos.

Quien les había derrotado se volvió a la cama relamiéndose.

Un sinfín de curiosas circunstancias, incluida una cruel pandemia, habían puesto al alcance de su mano, y sobre todo de su boca, a unos extraños especímenes que parecían caídos de otra galaxia —jóvenes, hermosos, vírgenes y limpios— y no era cuestión de desaprovechar semejante tentación.

Para más «inri», al día siguiente se descojonó al ver las caras de quienes parecían niños avergonzados por haberse hecho pis en la cama.

—¿Qué hubo, pendejos?

—Estuvo mal.

—Hasta ahora nadie se me había quejado, pero la próxima vez pondré más entusiasmo.

—No puedes seguir comportándote de ese modo.

—¿Y por qué? Hasta ahora no he oído un solo ¡«no»!, y mientras no lo oiga, lo seguiré haciendo.

—¡Pero, Bambi...!

—Pero, Bambi; pero, Bambi. Ese «pero, Bambi» teníais que haberlo dicho anoche; lo único que hicisteis fue jadear, y si llego a parar me hubierais retorcido el cuello.

La razón la asistía puesto que en el momento en que comenzaron a tomar conciencia de que no se trataba de uno de aquellos sueños eróticos de los que solían despertar mojados y malhumorados, sino de una realidad palpable en forma de larga y sedosa melena que subía y bajaba sobre sus estómagos, ninguno pronunció una palabra o se apartó bruscamente, sino que permaneció a la espera de que lo que había comenzado como un casi inaudible solo de flauta acabara en estruendosa explosión de timbales, tambores y trompetas.

—De acuerdo —reconoció de mala gana Óscar—. Probablemente te hubiera retorcido el cuello, pero supongo que no nos has traído hasta aquí para violarnos, sino para encontrar droga.

—Una cosa no excluye la otra, papito. Disfrutar trabajando siempre ha sido la mejor forma de trabajar... —señaló hacia la ventana—. ¿Ves aquella casita blanca? Si yo te digo que esconde

cuatrocientos kilos de coca es porque los esconde.

«La casita blanca» era una mansión de tres plantas rodeada de frondosos jardines, con cancha de tenis, una piscina casi olímpica y un amplio garaje ocupado por cuatro coches de alta gama.

—Está a nombre de un joyero francés... —aclaró la venezolana—, pero me consta que es de Deodato.

—¿Y por qué no está vigilada?

—Para no levantar sospechas, «caralocha» —fue la explicación que, bien pensado, no carecía de lógica—. ¿Qué puede buscar ahí un ladrón en estos tiempos de epidemia? ¿Un cuadro falso? ¿Una caja fuerte vacía? ¿Una cubertería de plata que nadie quiere limpiar? La mejor manera de indicar que contiene algo que merece la pena sería poner un vigilante.

—¿Qué es un «caralocha»?

—Uno que tiene la cara más plana que una locha, que era una moneda venezolana que valía diez céntimos. No tienes casi nariz, por lo que el día que uses gafas te las tendrás que pegar a la frente con un esparadrapo.

—Nunca lo había oído.

—Ni falta que te hace; hemos venido a buscar coca, no a aprender idiomas.

«La casita blanca», que en enero del dos mil veinte debía estar valorada en casi ocho millones de euros, ofrecía un aspecto desolador, a imagen y semejanza de la media docena de «casitas» de similares características que se agrupaban en torno a uno de los más exclusivos campos de golf del continente.

Se encontraba decorada con exquisito gusto, lo que evidenciaba la mano de un profesional, dado que su auténtico propietario era un patán nacido en un poblacho de los Llanos venezolanos al que tan solo le interesaban el dinero, los jacuzzis y las camas redondas.

La registraron metro a metro, incluso golpeando paredes y suelos, pero no encontraron nada que mereciera ser tenido en cuenta, por lo que tanto Óscar como Mubarak no dudaron a la hora de tumbarse en las hamacas de la piscina.

No obstante, la venezolana se afanaba buscando, olfateando como un caniche en celo, y gritándoles que no eran más que un par de «patarrolos».

—¿Y eso qué significa? Porque hay veces que parece que hables chino.

—«Patarrolo» es uno al que todo le importa tres carajos.

—Pues en ese caso me considero un «patarrolo» —puntualizó el musulmán—. Y lo que lamento es que el agua esté tan sucia, porque me gustaría darme un chapuzón.

Pero el agua invitaba a cualquier cosa menos a bañarse, puesto que aparecía de un repelente color verde casi negro y cubierta de hojas secas a las que se les habían sumado los cadáveres de tres palomas y una rata.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Largarnos antes de que aparezca un cenutrio con ganas de pegarnos tres tiros.

—¿A dónde?

—Yo a mi casa.

—¿Puedo ir contigo?

—Naturalmente. Pero si se te ocurre acercarte a mi hermana te muelo a palos.

—Sigues siendo un sucio racista.

—No me importaría que se casara con un moro porque no conozco a todos los moros, pero me

jodería que se casara contigo porque a ti sí te conozco.

—Tampoco yo te dejaría casarte con mi hermana.

Permanecieron en silencio, disfrutando del tibio sol de la mañana hasta que Bambi se aproximó, encendió un cigarrillo e inquirió, como si estuviera hablando del tiempo:

—¿Qué tal un «pompino»?

—¿Es que no puedes pensar en otra cosa?

—Es para celebrarlo.

—¿Celebrar qué?

—Eso...

Indicó con un gesto la piscina y tan solo entonces repararon en que el nivel del agua descendía con rapidez, por lo que a los pocos minutos pudieron advertir que en el fondo descansaba un bulto envuelto en lonas que —tal como la venezolana había asegurado— contenía unos cuatrocientos kilos de cocaína de primera calidad.

Rajaron los fardos y permitieron que la droga se diluyera con el resto del agua, y cuando la última gota hubo desaparecido por el sumidero, Oscar comentó:

—Ha sido un hermoso espectáculo que probablemente le habría provocado un ataque de ansiedad a más de uno.

—Sobre todo al mamahuevo de Deodato y sus pinches compinches —admitió Bambi imitando el acento mexicano—. Pero esto tan solo ha sido el aperitivo; ahora vamos a darles donde más les duele.

—¿Más aún?

—Mucho más. Necesito un coche y un mapa de carreteras.

—En el garaje hay cuatro coches, por lo que es de suponer que habrá cuatro mapas de carreteras... —señaló Mubarak—. Pero antes, si no te importa, me gustaría saber a dónde vamos.

—Lo sabrás cuando lleguemos.

—Muy explícito.

«Requisaron» el mayor de los vehículos, un cómodo todoterreno color granate, «requisando» de igual modo la gasolina que conservaban en los depósitos los tres restantes, así como cuanta comida o bebida les pareció apetecible y se pusieron en marcha.

La incansable venezolana conducía consultando el mapa de tanto en tanto y estudiándolo casi a hurtadillas sin soltar prenda, tan feliz como una niña que estuviera planeando una fiesta sorpresa.

Lógicamente dicha actitud preocupaba a sus acompañantes, porque las sorpresas de Bambi solían producir momentáneas satisfacciones, pero de igual modo solían acarrear desastrosas consecuencias.

Distinguieron aquí y allá infinidad de rústicas tumbas cavadas en el lugar en que los difuntos habían caído, y atravesaron caseríos abandonados y pueblos en los que sus moradores se ocultaban en cuanto los veían a pesar de que usaban mascarillas.

En todo el trayecto apenas se cruzaron con cinco vehículos, dos de ellos de tracción animal, y adelantaron a un desvencijado camión cargado de troncos cuyo conductor subió el cristal de la ventanilla sin tan siquiera dirigirles una mirada.

—Están acojonados.

—Y con razón.

—Ya podían haberse acostumbrado.

—Nadie se acostumbra a la idea de que va a morir hasta que está muerto. Y en ese caso de poco le sirve.

—Quizás le sirva para no morir la próxima vez.

—Confiemos en ello.

—¿Conoces a alguien al que le hayan dado la oportunidad de morir para saber si...

—Me admira y abrumba la profundidad de vuestras sesudas reflexiones filosóficas destinadas a arreglar un planeta inmerso en la peor crisis de su historia... —les interrumpió Mubarak—. Pero me estoy meando.

Aprovecharon el alto para almorzar y constituía un espectáculo fuera de lugar, y sobre todo fuera de tiempo, verles sentados a la sombra de los pinos en torno a un mantel rojo son cuadros blancos y disfrutando de buenos vinos y mejores embutidos.

Tan solo un jabalí que poco sabía de virus y contagios acudió a que le invitaran.

Se permitieron una corta siesta que Bambi intentó aprovechar sin éxito, y tras dos horas de ascender por abandonadas carreteras plagadas de baches se detuvieron en la cresta de una loma.

Lo que se extendía ante ellos era una inmensa llanura en la que no pastaban animales ni crecían árboles, matojos, trigo o cebada.

—¡La leche! ¿Y esto qué es?

—Un aparcamiento de aviones.

—¿Y por qué está precisamente aquí?

—Porque el aire es muy seco.

—¿Y eso que tiene que ver?

—Que no se oxidan.

—Aclárate porque este es moro y yo manchego.

—Las aerolíneas suelen utilizar este aparcamiento durante las temporadas de poco tráfico porque les resulta muy barato guardar los aparatos que momentáneamente no utilizan.

—Pues hay muchos.

Había muchos, casi incontables, debido a que con la llegada de la pandemia y el hundimiento del tráfico aéreo en casi un ochenta por ciento, las grandes compañías habían enviado allí sus aeronaves con el fin de recuperarlas en las mejores condiciones posibles cuando las cosas volvieran a la normalidad.

No obstante, en el campo de la aeronáutica —como en tantos otros— la «normalidad» no volvería nunca, y la prueba más evidente estaba en que la mayoría de las grandes empresas acababan de decidir que tanto los «Airbus A380» como los «Boeing 747», es decir sus aviones mayores y más lujosos, dejaran de volar

Las tarifas de aparcamiento eran bastante menos onerosas que las de cualquier aeropuerto y antes de que el letal virus hiciera su aparición un pequeño ejército de técnicos se ocupaba del mantenimiento de los aparatos, pero el miedo a la muerte y la falta de pago había conseguido que colgaran sus monos de trabajo y emprendieran el regreso a casa.

Como la afluencia no cesaba y se habían superado los límites del campo, las últimas tripulaciones habían optado por detener los motores donde buenamente podían, cubrirlos con lonas, cerrar las puertas y emprender de igual modo el largo camino hacia sus hogares.

Algunos habían preferido no mirar atrás, pero entre quienes lo hicieron muchos lloraron al comprender que lo que estaban contemplando no era un simple aparcamiento; era una gigantesca

morgue en la que se amontonaban los cadáveres de algunas de las máquinas más sofisticadas que hubiera sido capaz de diseñar el ser humano.

La mayoría de aquellos pilotos habían soñado con serlo casi desde que tenían uso de razón, dedicando la mayor parte de sus esfuerzos a conseguirlo, pero cuando al fin les habían confiado las vidas de cuatrocientos pasajeros, los bajaban del cielo y los devolvían a tierra.

Un brusco cambio de nivel de unos nueve mil metros por culpa de un minúsculo virus que probablemente no hubiera conseguido sobrevivir en la cabina de un avión presurizado.

—¿Y qué diablos pintamos aquí? —se decidió a inquirir un Óscar que empezaba a estar harto de tantas idas y venidas.

—Buscamos el avión que debieron utilizar Deodato y Maduro.

—¿También esconde cocaína?

La venezolana negó mientras tomaba asiento en el capó del vehículo y encendía un cigarrillo:

—En aquel tiempo aquí solía haber aduaneros con perros que detectaban cualquier tipo de drogas. Este esconde algo mejor.

—¿Qué?

—Lo verás cuando lo veas.

—Magnífica respuesta, vive Dios... La misma de siempre. ¿Y qué avión es?

—Eso ya no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Como que no lo sé. ¿Acaso tengo la obligación que saberlo todo?

—¡Pero bueno...! —Óscar no acababa de dar crédito a lo que estaba oyendo—. ¿Nos has arrastrado hasta el quinto carajo sin saber lo que buscas?

—Sé lo que busco: un avión.

—Pues ahí tienes donde elegir... ¿Cuál te gusta?

—El «Airbus A380» de Air France es precioso, pero dudo que sea el apropiado. Tiene que ser un aparato más pequeño pero que pueda realizar vuelos transoceánicos y pertenezca a una compañía que normalmente haga escala en Caracas.

—¿Pero de qué estás hablando y quiénes crees que somos? Ni este ni yo entendemos un carajo de aviones.

—No esperaba menos de semejante par de inútiles. ¡Alcánzame los prismáticos!

Se los alcanzaron porque no podían hacer otra cosa que obedecer a quien parecía controlarlo todo y decidieron entretenerse jugando al parchís con un tablero y unas fichas que habían encontrado en la «casita blanca».

La afición al parchís les venía de atrás, de cuando a bordo del «Cruz del Sur» pasaban horas intentando ganarle a Camila, cosa prácticamente imposible porque la condenada bruja sacaba cinco y seis como por arte de magia.

Transcurrió casi una hora antes de que resonara un alborozado:

—¡Allí está!

—¿Cuál?

Les alargó los prismáticos mientras señalaba un punto en la distancia:

—El «767» verde y blanco de la sexta fila.

—Yo no veo nada.

—Entre el que tiene una cola amarilla y el «Douglas DC10»... —la venezolana pareció cambiar de idea mientras saltaba al suelo—: Mejor voy a comprobarlo.

Dudaron entre seguir jugando o acompañarla, y en ello estaban cuando advirtieron que echaba a correr y se perdía de vista.

—A que nos mete en otro lío...

—Nació para eso. Tú tiras.

—Me da no sé qué dejarla sola.

—Si se tropieza con un violador le compadezco. ¡Está bien! ¡Vamos!

La siguieron y la encontraron tumbada sobre la rueda de un «Boeing 767» verde y blanco posando como para un anuncio de ropa íntima.

—¿Qué os parece?

—Que has encontrado lo que venías buscando. ¿Y ahora qué? ¿Cómo vamos a entrar?

—No tenemos que entrar.

—¿Ah no...? ¿Entonces a qué hemos venido?

—A robar.

Consuelo Gálvez, más conocida como Bambi, nacida y criada en la popular barriada «Veintitrés de Enero» —fecha que conmemoraba el derrocamiento del dictador Pérez Jiménez— había demostrado en infinidad de ocasiones que era capaz de sacar de quicio al más templado, pero en esa ocasión se estaba superando a sí misma.

Se irguió hasta quedar sentada, les guiñó un ojo y golpeó con un tobillo la llanta de la rueda.

—¿Tenéis una idea de lo que pesa?

—Ni la más mínima.

—Doscientos cincuenta kilos.

—Si tú lo dices...

—No lo digo yo; lo dice el fabricante. ¿Y cuántas ruedas veis?

—Ocho.

—Lo que suma dos mil kilos. ¿Y cuál es el resultado de multiplicar dos mil por cincuenta mil?

La respuesta tardó en llegar y al fin fue el marroquí el que se decidió a aventurar:

—¿Cien millones...?

—¡Bingo! Acabas de acertar un bingo de cien millones.

—¡Para ya...!

—Pero es que es cierto.

—¿Pretendes hacernos creer que las llantas de un avión valen cien millones? ¡Ni que fueran de oro!

—Si fueran de oro se espachurrarían al aterrizar porque el oro es blando y el avión se iría a freír puñetas.

—¿Entonces de qué son?

## CAPÍTULO VII

—¿Sabe quién soy?

—Me han puesto al corriente.

—¿Y sabe a lo que he venido?

—Este no es lugar para adivinanzas sino para el recogimiento y la meditación.

Enzo, que ni se llamaba Enzo, ni era italiano, extrajo de un bolsillo su resobada pipa al tiempo que dedicaba una amable sonrisa a su severo interlocutor.

—Sé muy bien que un convento no es lugar para adivinanzas —dijo—. Pero con el fin de evitar malentendidos quiero aclararle que no pretendo recuperar los millones que en cierta ocasión me «birlaron», puesto que al fin y al cabo no eran míos. He venido en son de paz y el espíritu de colaboración imprescindibles en tan difíciles momentos.

El padre Jesús Iturralde, hombre alto, enjuto y severo, le alargó un pesado encendedor al tiempo que comentaba:

—Tenía entendido que ese dinero fue a cambio de cierta información.

—Fue el timo de la estampita, denominación ciertamente apropiada teniendo en cuenta la identidad de los «trileros», pero lo considero agua pasada y ahora estoy dispuesto a revelar algo, siempre que me asegure que puede considerarse secreto de confesión.

—Para que se considere un secreto de confesión tendríamos que...

—¡Olvide los rituales, la liturgia, o como quiera que se llame! —le miró por encima de la llama mientras encendía la pipa—. Hay muchas vidas en juego... ¿Sí o no?

—Sí.

—En ese caso «le confieso» que tenemos una vacuna.

Su interlocutor de quedó como petrificado y con la vista clavada en la pared del fondo, tal vez esperando que desde allí provendría la ayuda divina que le permitiera asimilar tan impactante noticia.

—¡Por los clavos de Cristo! —musitó al fin—. ¡Es un milagro!

—No es un milagro, padre; es una maldición que ya ha costado una vida y puede costar más de las que salve.

Ante el evidente gesto de incredulidad de quien por su posición estaba casi obligado a no demostrar emociones, su inesperado visitante le contó con todo lujo de detalles los problemas que se les presentaban a la hora de decidir a quién debían proporcionar o no una vacuna tan escasa y difícil de obtener.

El misionero —puesto que en realidad siempre había sido misionero y aborrecía que por una

mera cuestión de edad y disciplina le hubieran confinado en un despacho que aborrecía— se limitó a escuchar en silencio, aunque al concluir el relato hizo algo ciertamente impensable: extrajo de un cajón un enorme cigarro habano, le prendió fuego y lanzó un chorro de humo con manifiesta satisfacción.

—Feo vicio adquirido durante mis años en Guatemala —señaló—. Procuero resistirme, pero en los momentos difíciles me ayuda a pensar.

—Y se trata de un momento hartó difícil.

—Sin duda, aunque lo que no consigo entender es qué tengo yo que ver con todo esto.

—Mucho. Aparte de estafarme como a un cateto pueblerino, algunos miembros de su congregación habían conseguido reducir de forma notable los índices de mortalidad del ébola, y algunos miembros de mi equipo estamos convencidos de que el virus del ébola tiene mucho en común con el que en estos momentos nos está destrozando.

—Estoy completamente de acuerdo.

—Me alegra oírlo y por eso hemos decidido que de momento es preferible dejar a un lado una vacuna, que no sería más que una medida preventiva que nos llevaría años aplicar a millones de posibles pacientes, considerando que resulta mucho más sensato concentrar nuestros esfuerzos en conseguir un fármaco eficaz.

El padre Iturralde paladeó el humo de su habano como si fuera néctar de los dioses mientras asentía.

—Una decisión acertada —admitió—. Cortar la sangría de vidas perdidas antes de aplicar una vacuna que actuará a muy largo plazo. ¿Cómo puedo ayudarles?

—Proporcionándonos toda la información que tenga sobre el ébola y sobre esos malditos murciélagos, que están siempre en primer plano.

—Ninguna criatura creada por el Señor debe ser considerada maldita —fue la rotunda respuesta—. Pero admito que los murciélagos son unos jodidos hijos de mala madre que llevan veinte millones de años luchando con el virus del ébola en una guerra que provoca terribles daños colaterales cuando por cualquier razón la enfermedad se transfiere a un mono, un hombre, un pangolín o cualquier otro pobre bicho que pasaba por allí.

Levantó el teléfono y ordenó, en un tono autoritario que no admitía réplica:

—¿Padre Anselmo? Tráigame una copia del «Informe Makula» y pida que nos sirvan la merienda en el jardín; el aire de este despacho se está volviendo irrespirable.

—¿Por qué «Informe Makula»?

—Porque Endé Makula fue el primer enfermo de ébola que salvamos, y fue de su semen de donde conseguimos extraer anticuerpos.

—¿De su semen?

—De su semen. ¿Tiene una idea de cuántas células sexuales contiene una eyaculación masculina? Trescientos millones. Y es el único lugar en el que ese dichoso virus sobrevive largo tiempo. Por eso nos vemos obligados a trabajar con hombres en edad fértil. Las mujeres, los ancianos y los niños no nos sirven —se puso en pie y se encaminó a la puerta haciendo un gesto para que le acompañara, al tiempo que añadía—: En realidad nos sirven, pero durante poco tiempo. Pueden proporcionarnos anticuerpos a través del sudor, la orina, las heces o la saliva, pero manipularlos resulta peligroso, mientras que una muestra de semen siempre está controlada.

Se acomodaron en un muy cuidado jardín, les sirvieron una abundante merienda con bizcochos



recién horneados, y mientras sumergía uno de ellos en el café con leche, Enzo inquirió:

—¿Y cuál es la posición de la Iglesia con respecto a la epidemia?

—¿Qué tiene eso que ver con el ébola?

—Nada, pero personalmente me interesa puesto que soy católico.

—La posición de la Iglesia es la que marca el papa.

—De momento se ha limitado a rezar bajo la lluvia y pedirle a la Virgen que nos coja confesados.

—Pues si eso le tranquiliza, cuando acabemos de merendar le confieso.

La rápida respuesta consiguió desconcertar a un hombre que se había enfrentado a muchas situaciones complejas y que optó por echarse a reír.

—¿O sea que la intervención divina no tiene nada que ver con todo esto?

—Estimado amigo, esa es una pregunta que me planteaba cada vez que un niño se moría de hambre en mis brazos y que me mortifica, sobre todo en unos momentos en los que estoy comiendo a dos carrillos. ¿Ha venido en busca de información sobre el ébola o a amargarme el día?

—Las dos cosas, ya que la aparición de la pandemia está siendo aprovechada por los sectores más conservadores de la curia para oponerse a las reformas que ha propuesto el papa, sobre todo las que se refieren al «Sínodo de la Amazonia». El hecho de que supuestos hombres de Dios y discípulos de Cristo utilicen armas tan vergonzosas y rastreras como el terror que provoca un virus para intentar forzar la renuncia del Sumo Pontífice o provocar un cisma me obliga a replantearme mis convicciones.

—Siempre que exista un Jesús habrá un fariseo.

—Bonita frase, pero no es momento de alimentarse de frases bonitas sino de realidades. ¿Qué opinan sobre tales conjuras los auténticos cristianos, los que no dudan a la hora de jugarse la vida en un enfangado villorrio de selva y jamás han pisado las alfombras del Vaticano?

—¿Ve estas sandalias y estos hábitos? Están pensados para moverse por villorrios enfangados y no por palacios alfombrados, o sea que deje de tocarme las narices o se irá de aquí sin el dichoso informe y sin merendar.

\* \* \*

—El paladio es un metal dúctil, maleable y poco abundante que se parece al platino y se emplea sobre todo en la fabricación de ordenadores y teléfonos móviles.

—Yo creía que lo que se utilizaba era el coltan. Una vez vi un documental sobre unos niños congoleños que lo buscaban bajo el fango y a menudo quedaban sepultados y morían.

—Las dos cosas.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque he hecho mis deberes. El paladio es muy blando pero en aleación con el acero se vuelve tan extremadamente resistente que se utiliza incluso en odontología y en motores de coches de carreras. Por eso cuesta más que el oro.

—¿Y qué obligación tenemos nosotros de saber esas cosas?

—Ninguna, pero lo que ahora sí sabéis es que esos jodidos «bolivarianos» guardan aquí, ante las narices de todo el que no sepa verlo, cien millones de euros.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Aprender a volar y llevarnos las ruedas?

—Llantas.

—¿Qué más da llantas que ruedas?

Bambi no tuvo tiempo de responder debido a que en ese momento hizo su aparición un hombre montado en una mula cuya primera pregunta se les antojó harto descabellada:

—¿Este avión es suyo?

—¿Nos ha mirado bien?

—La verdad es que no porque me he dejado las gafas en casa. Pero ahora que me fijo bien no tienen pinta de ser dueños de aviones. ¿Qué hacen aquí?

—Nada. ¿Está prohibido hacer nada?

—No, pero podrían hacer algo útil y sacar ese trasto de mi huerto. Y aquel de allí, el «Douglas» holandés, también ha invadido mis tierras.

—¿Y no ha presentado una denuncia?

—¿A quién? De pronto aterrizan, se bajan tres o cuatro tipos a los que ni Dios entiende y se largan en un minibús que les está esperando.

—¡Menuda putada!

—Cualquier día les prendo fuego.

—Cuando todo esto pase le tendrán que pagar para poder llevárselos.

—¡Ah! ¿Pero es que esto va a pasar...? Primera noticia.

Arreó la mula alejándose con su malhumor a cuestas, y en cuanto se hubo perdido de vista entre el multicolor bosque de ruedas, alas y fuselajes, la venezolana comenzó a hacer grandes aspavientos metiéndoles prisa.

—¡Vamos, vamos que el tiempo es oro! —rectificó en el acto—: Bueno; en este caso, paladio.

Un mecánico especializado y con las herramientas apropiadas habría tardado aproximadamente una hora en desmontar la llanta de un «Boeing 767», pero tres ineptos sin las herramientas adecuadas necesitaron casi cuatro horas y al acabar aparecían sudorosos, agotados y cubiertos de grasa de los pies a la cabeza.

—Comparado con esto, abrir la caja fuerte de un banco debe ser cosa de niños.

Observaron, casi con rencor, la pesada pieza que había quedado semienterrada entre cebollas y trozos de caucho y Óscar pontificó:

—Ahora viene lo verdaderamente difícil: sacarla de aquí.

Subirla entre los tres a la parte posterior del todoterreno constituía un esfuerzo rayando en lo imposible, pero tuvieron la suerte de que reapareciera el lugareño de la mula, que tras observarlos con especial detenimiento, inquirió:

—¿Es buen negocio eso de robar llantas de avión?

—Mucho.

—¿Quién lo hubiera imaginado...? ¿Y qué pasará si requiso las del «Douglas» que también ha invadido mis tierras?

—Que estará en su derecho. ¿Le importa que nos llevemos estas aunque estén en sus tierras?

—En absoluto. Es más, les prestaré el tractor y si me enseñan cómo se desmontan, iré a buscar a un par de amigos. Seguro que esto rinde más que sembrar cebollas.

—Seguro.

Les dio un cierto reparo no advertirle que las llantas de acero de un «Douglas DC10» —o de

cualquier otro— valían la centésima parte que las de un «Boeing 767» de paladio, pero la idea de contar con un tractor se les antojó excelente.

Al fin y al cabo, si enseñaban a aquel buen hombre a desmontar llantas y venderlas como chatarra podía hacerse rico.

—¿Y cómo despegarán luego estos chismes? —quiso saber un inquieto Mubarac.

—Sus dueños se tendrán que gastar en ruedas lo que se han ahorrado en aparcamiento. Pero me temo que la mayoría no volverá a volar nunca.

Durante cinco días trabajaron muy duro hasta conseguir ocultar su botín en una zanja excavada en lo más profundo del bosque que comenzaba a unos seis kilómetros de distancia.

Al concluir se subieron al todoterreno y se alejaron sin saber exactamente hacia dónde, pero apenas habían recorrido unos veinte kilómetros cuando advirtieron que una mujer lloraba desconsoladamente sentada en una roca al borde de la carretera.

—¿Podemos ayudarla?

—Los están matando. Gaseando como gaseaban a los judíos durante la guerra. Pobrecitos.

Se alarmaron, y no era para menos porque a la afligida lugareña se le advertía desesperada.

—¿Pero a quién están matando? —quiso saber una impresionada Bambi.

—A los noventa mil. ¿Y qué vamos a hacer ahora? Todos están contagiados y nosotros también.

—¿Pretende hacernos creer que están matando a noventa mil personas porque tenían el virus?

—¡No hija, no...! ¡Qué tonterías dices! No estoy hablando de personas sino de los visones de la granja.

—¿Visones...?

—Visones.

—¿De los de hacer abrigos?

—De esos. Aquí la mayoría del pueblo depende de una forma u otra de la granja y al matarlos nos han dejado sin forma de ganarnos la vida. Mi marido y mi hijo trabajan allí.

—Tenía entendido que el virus no se transmitía a los animales.

—También yo, hija, también yo, pero por lo visto no es así. La mujer de mi primo se fue a Francia, volvió con el virus, se lo transmitió a Ildefonso y este a los animalitos.

Aquella se convertía en una de las peores noticias de una época plagada de malas noticias. Hasta aquel momento se había comprobado que algunos animales transmitían la enfermedad a los humanos, pero nadie tenía la absoluta seguridad de que pudiera darse el proceso a la inversa.

Si unos visones que se encontraban enjaulados a miles de kilómetros de África y en un clima frío y muy seco se habían contagiado, no existía duda alguna sobre quiénes eran los culpables de dicho contagio.

—¡La leche!

—Usted lo ha dicho, señor. ¡La leche! En Holanda estén exterminando a un millón y cada uno de ellos vale cien euros. ¿Tiene una idea de cuántos nos vamos a quedar sin nada de comer?

César, que era a quien le había hecho la pregunta, no supo qué responder. Como estudiante de veterinaria y amante de los animales nunca le había hecho ninguna gracia que los visones se criaran y mataran con el único fin de que alguien pudiera presumir de que tenía un marido o un amante muy rico, pero entendía la posición de quien no paraba de llorar.

Probablemente su marido, su hijo e incluso su primo Ildefonso hubieran preferido trabajar

cuidando aviones, pero tampoco parecía que hubiera ya muchos aviones que cuidar.  
«Los Pilares de la Tierra» se hundían por doquier.

## CAPÍTULO VIII

La yegua, la hermosa y mansa yegua que Laura solía montar recitando aquello de: «*Estos que ves, ¡Oh Fabio! campos de soledad triste collado...*» comenzó a relinchar lanzando coces y amenazando con destrozar la cuadra y romperle la cabeza a quien se pusiera a su alcance.

No escupía espumarajos y cuando le aproximaron un cubo de agua bebió con ansia aunque de inmediato reanudó su destructiva tarea.

—No creo que sea la rabia —sentenció Samuel—. No rechaza el agua, intenta morder ni tiene los ojos inyectados en sangre. Hace años tuve que matar a un perro rabioso pero los síntomas eran distintos.

—¿Entonces se trata del virus...?

—Es posible.

—Hasta ahora nadie ha dicho nada sobre animales contagiados.

—Nadie ha dicho nada porque nadie parece saber nada de nada —intervino Anabel—. Lo que está claro es que sufre mucho.

Sufría mucho sin duda puesto que de tanto en tanto se revolcaba en la paja y más que relinchos lo suyo parecían llamadas de auxilio.

—¡Pobrecita!

Pasaban los minutos, la situación no parecía mejorar y al poco los restantes animales del establo comenzaron a ponerse nerviosos.

Samuel fue a buscar el viejo fusil y permitió que los caballos, los potros y las mulas salieran y le descerrajó un tiro al infeliz animal.

Las mujeres lloraban.

La habían visto nacer.

Había sido la primera montura de una Laura adolescente.

La mejor candidata a correr un gran premio en un hipódromo.

No se atrevieron a decírselo a Saúl, que pasaba la mayor parte del tiempo inconsciente, sabiendo que semejante noticia podría acabar de hundirle.

Tener que sacrificar a una preciosa yegua era muy duro, pero lo más duro era imaginar que la imparable enfermedad que estaba acabando con media humanidad pudiera afectar también a los animales.

—Tal vez no sea el virus... —comentó Laura cuando se encontraban reunidos en torno a la mesa sin que tuvieran ganas de cenar—. Hay otras enfermedades.

—Sí —admitió su madre—. Hay otras enfermedades y hemos luchado contra ellas porque

sabíamos a lo que nos enfrentábamos. A veces perdíamos ganado y a veces lo salvábamos, pero esto es nuevo y terrorífico porque si los animales mueren moriremos todos.

Tenía razón y tanto sus cuñados como su hija lo sabían.

Ser granjeros, mantenerse aislados, defender su territorio a costa de la sangre de los intrusos tenía innegables ventajas en un mundo esclavizado por la pandemia, pero si aquella atroz enfermedad dejaba de ser casi una exclusiva de los seres humanos y diezmaba al ganado la batalla estaría irremediablemente perdida.

Todos permanecían pendientes de las palabras de Samuel, que se había convertido en el nuevo cabeza de familia.

Nunca había aspirado a ello; nunca había querido ser responsable del destino de nadie, y la única vez que asumió tal responsabilidad perdió la batalla y la mujer que amaba murió en sus brazos.

Convertirse en «patriarca» le sonaba a convertirse en un anciano contador de viejas historias, así como a tener la obligación de aconsejar sobre lo humano y lo divino como si el mero hecho de acumular años significara acumular sabiduría.

Y no era cierto; había más ancianos estúpidos que ancianos sabios debido a que la experiencia no les había enseñado más que a equivocarse de un modo diferente.

Samuel se había equivocado mil veces y de mil formas diferentes, pero contaba con una baza a su favor: había vivido mil vidas, había recorrido los lugares más remotos y había amado a una mujer preciosa e inteligente con una piel muy negra y un corazón muy blanco que le había obligado a leer «Muerte en Venecia» y «La Montaña Mágica».

Eso era lo único que podía echarle en cara; eso y que le dejara solo cuando soñaba con que muy pronto iba a tener dos Tatianas.

Cada amanecer se arrepentía de haber sido cómplice de la muerte de cuantos intentaron asaltar la granja y cada noche se perdonaba a sí mismo alegando que lo había hecho en defensa de su familia sabiendo que en otros tiempos y otras circunstancias jamás habría atentado contra la vida de nadie.

Al fin masculló casi entre dientes:

—De ahora en adelante yo me ocuparé de los animales.

—Y una mierda.

—¿Cómo has dicho?

—He dicho que una mierda —le espetó su sobrina sin el menor miramiento—. Si tú también enfermas, tres mujeres y un niño quedaremos a merced de quien quiera que llegue. Y hay mucho malnacido suelto.

Se trataba de una verdad incuestionable y lo admitió:

—No lo había pensado.

—Pues tienes que pensarlo. Hubo un momento en que pareció que la epidemia había pasado y que bastaba con ponerse una mascarilla para volver a la normalidad, pero fue un espejismo y estamos otra vez en los viejos tiempos en los que intentaban asaltarnos y teníamos que defendernos a tiros.

—Con una diferencia: la granja era un lugar seguro; ahora es un lugar peligroso.

—¿Y eso quién lo sabe?

\* \* \*

El Gobierno de la República Democrática del Congo ha declarado hoy un nuevo brote de ébola en la ciudad de Mbandaka, mientras la epidemia sigue aún activa en el noreste del país. «Puedo confirmar que tenemos una nueva epidemia», ha dicho el ministro de Sanidad, tras confirmarse el positivo de las muestras de casos sospechosos.

Mbandaka se encuentra a más de dos mil kilómetros en el noreste del país en el que se combate la enfermedad desde agosto de 2018, cuando se declaró el estallido de ese brote solo una semana después de proclamarse el final de otro en la provincia noroccidental que dejó 54 casos y 33 fallecidos.

Las autoridades han afirmado que esperan poder declarar el fin oficial del brote —el décimo que afecta al país— a finales de junio, siempre que transcurra un plazo de 42 días sin nuevos casos, de acuerdo a las recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud. Ya en abril pasado, cuando se estaba a tan solo tres días de cumplir el plazo requerido, un nuevo contagio obligó a posponer el anuncio y desde entonces el rebrote dejó cuatro muertos.

En total, esta epidemia —la segunda más grave a nivel mundial después de la que asoló África occidental de 2014 a 2016— ha dejado 3.462 casos, con 2.279 fallecidos.

La enfermedad, descubierta precisamente en la RDC en 1976 —entonces denominada Zaire— se transmite por contacto directo con la sangre y los fluidos corporales de personas o animales infectados. Esta fiebre causa hemorragias graves y puede alcanzar una tasa de mortalidad del 90%. Sus primeros síntomas son fiebre repentina, debilidad intensa y dolor muscular, de cabeza y de garganta, además de vómitos.

La peor epidemia de ébola conocida se declaró en marzo de 2014, con los primeros casos que se remontan a diciembre de 2013 en Guinea Conakry, desde donde se expandió a Sierra Leona y Liberia. La OMS marcó el fin de esa epidemia en enero de 2016, después de registrarse 11.300 muertes y más de 28.500 casos, aunque la agencia de la ONU ha admitido que estas cifras pueden ser conservadoras.

En cuanto se cercioró de que los cuatro habían terminado de leer, y sobre todo asimilar la importancia del inquietante informe, colocó sobre la mesa una pequeña nevera portátil de la que extrajo un termo de acero herméticamente cerrado.

—¿Qué demonios es eso?

—Una muestra del esperma de Endé Makula, un enfermo de ébola que consiguió sobrevivir.

Ni Dimitri, ni Lena, ni Diana, ni Richard pudieron evitar el gesto de echarse hacia atrás e incluso intentar abandonar la estancia.

—¡Joder...!

—¡La madre que te...!

—¡Ébola...! Con eso no se juega, cielo. ¿Acaso no hemos tenido bastantes problemas?

—Hemos tenido muchos, en efecto —reconoció Enzo tomando asiento—. Pero los millones de infelices que están sufriendo no pueden esperar. ¡Quizás...!, y que quede muy claro que tan solo he dicho «quizás», en ese esperma se encuentre el punto de conexión que buscamos.

—¿Y qué te hace pensarlo?

—Que cuando se detectó el ébola por primera vez la mayoría de nosotros íbamos al colegio y

desde entonces no se ha conseguido averiguar gran cosa sobre él. Esta es nuestra oportunidad, pero si no os encontráis capacitados u os asusta el tema se lo pasaré a los alemanes, puesto que al fin y al cabo pagaron por él.

—Me admira que siempre sepas tocar la tecla sentimental —le hizo notar Diana—. «Si os asusta o no os encontráis capacitados». Somos científicos, no héroes.

—En estos momentos, cada científico, cada médico, cada enfermera, e incluso cada auxiliar de planta, tiene la obligación de ser un héroe, al igual que lo son los basureros, a los que nadie les ha reconocido el mérito que se merecen puesto que las miles de bolsas que manipulan pueden contagiarles.

—Admito que en eso no había pensado.

—Pues debemos pensar en todos cuantos aún continúan cumpliendo con su obligación, por dura que sea, en un modelo de sociedad que ha colapsado.

—Mi padre me decía que si no estudiaba acabaría de basurero.

—Pues probablemente ahora se sentiría orgulloso de que lo fueras —señaló el tubo—. ¿Quién va a ser el primero en mirar por el microscopio?

Lena se ofreció voluntaria:

—Yo, a condición de que alguien me eche una mano con algo que me parece muy prometedor: la epidemia de gripe de Hong Kong, que en el sesenta y ocho mató a un millón de personas y de la que todos parecen haberse olvidado.

—También éramos niños.

—Yo ni siquiera había nacido.

—Tampoco habías nacido cuando murió Hitler, y eso no quiere decir que no haya existido. La gripe de Hong Kong estaba producida por el virus «H3N2», la de la gripe asiática de diez años antes por el «H2N2», y la de la gripe española por el «H1N1» —hizo una pausa con la evidente intención de añadir dramatismo—. Y las tres tienen mucho en común con el virus actual.

—¿O sea que como ya estamos de trabajo hasta el cuello quieres abrir otro frente de investigación?

—Es lo que hay y a las pruebas me remito. Los últimos estudios han demostrado que el «H3N2» apareció por primera vez en cerdos que lo traspasaron a los humanos, o sea que aunque estemos hasta el cuello debemos meternos hasta las cejas. Si sabemos que la gripe de Hong Kong causó estragos pero luego el virus perdió fuerza debemos averiguar por qué.

—No creo que ninguno de nosotros esté en condiciones de llegar al fondo de ese problema.

—Pero yo conozco a uno que sí.

—¿No te estarás refiriendo a...?

—Morrison.

—El mismo.

—¡Por todos los demonios del infierno! —se indignó Dimitri—. Si nos mezcláramos con Morrison todo nuestro trabajo perdería credibilidad.

—¿Esa credibilidad está salvando vidas o solo está salvando nuestro prestigio?

—¿Cómo te atreves? No. No me lo digas; te atreves porque siempre has tenido más cojones que ovarios.

—No es cumplido sino todo lo contrario, pero se agradece de igual modo. Si estáis de acuerdo me encerraré vestida de buzo y a sudar como un pollo en un laboratorio arriesgándome a



contraer el ébola, pero vosotros aceptaréis a Morrison.

—Lo someteremos a votación.

—Este tipo de negociaciones no se deciden a base de votaciones, cielo; no se trata de una democracia parlamentaria con diputados echándose una siesta y una hortera malhablada jugando a las maquinatas. Se trata de ciencia, y la ciencia tiene que ser firme, convincente y casi dictatorial.

—Curioso concepto, vive Dios.

—Aunque hiera nuestro orgullo todos sabemos que Morrison es el más capacitado a la hora de decidir si un «H3N2» proviene de una determinada cepa o está a punto de mutar y convertirse en un nuevo tipo de virus.

—En eso estoy de acuerdo —admitió Enzo de manifiesta mala gana—. Por desgracia el talento no suele concederse a los que sabrían hacer mejor uso de él, y en lo que se refiere a virus, Morrison es un genio.

—Hace años leí un estudio en el que se aseguraba que las razones de la genialidad no deberían buscarse en la genética, la cultura o la inteligencia, sino en un don con el que la naturaleza premia a los elegidos sin más razón que su mero capricho —intervino de nuevo Dimitri—. Puede otorgarlo cada cien años, cada mil, o cuando le venga en gana sin tener que rendir cuentas sobre qué clase de méritos está premiando. Según su autor, la mayoría de los genios nacen por generación espontánea, cruzan el firmamento como estrellas fugaces y mueren sin dejar tras ellos una generación de genios, por lo que nunca ha existido el hijo de un genio al que se le pueda considerar verdaderamente genial.

—Ninguno de nuestros progenitores ha demostrado ser un genio, lo cual significa que aún nos queda la esperanza de que alguno llegue a serlo, pero por si acaso más vale que acudamos a Morrison.

Peter Morrison rozaba la genialidad y si no había conseguido que se le reconociera con un Premio Nobel se debía a que tropezaba siempre con el mismo obstáculo: una botella.

No importaba que dicha botella solo estuviera medio llena de champán, coñac, ron, aguardiente o vino peleón; en cuanto se interponía en su camino su inmenso talento se diluía.

Por suerte, cuando lo trajeron llevaba dos semanas en una clínica de desintoxicación y se encontraba razonablemente sobrio, por lo que empleó tres días en estudiar los informes y extraer conclusiones.

—Habéis hecho un gran trabajo —comenzó diciendo—. Encomiable y digno de respeto, pero tan solo ha dado como fruto una paupérrima vacuna de imposible aplicación a gran escala.

—Eso ya lo sabíamos, pero podemos proporcionarte una dosis.

—Guárdala para alguien cuyo hígado no esté a punto de estallar y no me interrumpas.

—¡Perdón...!

—Vuestra puta vacuna es una chapuza que me recuerda a las cataplasmas de mi abuela, pero algunos de los estudios sobre fármacos no van desencaminados y he reparado en algo que puede ser aprovechable...

Juntó las yemas de los dedos de una mano con los correspondientes de la otra, se introdujo la punta de los índices en cada una de las fosas nasales y permaneció así con los codos apoyados en la mesa, como si tan inapropiada postura le ayudase a pensar.

Quienes tanto le admiraban aguardaron en silencio como si confiaran en poder escuchar como las oxidadas piezas de un descuidado cerebro encajaban, se engrasaban y volvían a funcionar

como en sus mejores tiempos.

Y funcionaron sin tan siquiera un chirrido cuando aquel que prefería que le llamaran borrachito conocido a alcohólico anónimo, comentó:

—Entre tanto papeleo y palabrería hueca se ha colado una frase sobre la que conviene recapacitar: «Si la gripe de Hong Kong causó estragos pero pronto perdió fuerzas hasta desaparecer, debemos saber por qué...». ¿Lo sabéis?

—No.

—¿Y habéis intentado averiguarlo?

—Sin éxito.

—Pues conviene recordar que la mayoría de los virus que causan este tipo de enfermedades imitan el sistema de fabricación de proteínas de la célula que han invadido haciendo copias de sí mismos, lo que viene a decir que en cierto modo se están clonando.

—«En cierto modo»... —puntualizó Richard.

—Pero si aceptáramos que es así, nos remontaríamos a la teoría que sostiene que si un animal se clonase repetidas veces sus células sexuales irían envejeciendo según la edad que tenía en el momento de cada clonación, por lo que llegaría un momento en que «sería tan viejo» que ya no tendrían capacidad reproductiva.

—No es más que una teoría.

—Pero que nos permite aferrarnos a la idea de que de igual modo un determinado virus deja de ser fecundo y acaba por desaparecer, tal como desaparecieron los de la gripe española, la aviaria o la de Hong Kong.

—¿O sea que nuestra mayor esperanza se centra en que muera de viejo?

—¡En absoluto! Nuestra mayor esperanza se centra en conseguir acelerar esa vejez, y sobre eso deberíamos trabajar.

## CAPÍTULO IX

Deodato Carballo llegó a la playa semidesnudo, descalzo y tembloroso, pero feliz por el hecho de que se hubieran limitado a tirarlo por la borda en lugar de colgarlo del palo mayor.

La suerte seguía estando de su parte.

Pocas personas sensatas hubieran considerado que correr en paños menores por una costa desconocida pudiera considerarse un golpe de suerte, pero lo cierto era que aún seguía libre y pocas personas contaban con menos méritos para estar libres.

Tenía muy claro que si aquella pandilla de mentecatos no se hubiera precipitado a la hora de dar un estúpido «espectáculo ejemplarizante» dedicando tan solo unos minutos a averiguar la verdadera identidad del supuesto abogado panameño, habría pasado el resto de su vida en la cárcel.

Lameculos de Chávez, socio de Maduro y compinche de «El Chapo Guzmán», su «destino manifiesto» habría sido un pelotón de ejecución o una mazmorra, pero allí estaba, tan libre como un pájaro, intentando alejarse de la costa y encontrar lo antes posible el camino de vuelta a casa.

Había logrado pasar de sargento a general y de llanero semi analfabeto a miembro del consejo de administración de una petrolera nacional, lo cual no era algo que estuviera al alcance de cualquiera.

Y lidiar con capos de la droga colombiana tampoco había resultado sencillo.

En aquellos momentos quien no fuera Deodato Carballo se encontraría fuera de sí, por el hecho de haber pasado en cuestión de horas de una enorme cama en la que a Bambi le encantaba disfrazarse de Caperucita Roja, a vagar sin rumbo por el bosque del lobo, pero «el aguerrido general, espejo en el que deberían mirarse todos los venezolanos» aceptó sin rechistar que aquel no era más que uno de los tantos gajes de su provechoso oficio.

No obstante, empezó a molestarse el día en que, ya a salvo y bajo la protección de un vicepresidente local afín a las ideas bolivarianas y al que Maduro había financiado generosamente durante años, le comunicaron que «El Caragato» había ardidado hasta la quilla, con lo que se había llevado al fondo el mar su valiosa carga.

Y la molestia pasó a sincera preocupación al descubrir que otros cuatrocientos kilos de cocaína de primerísima calidad habían desaparecido por el sumidero de una piscina.

Comprendió que Caperucita se estaba comportando más como lobo que como Caperucita, y que entraba dentro de lo posible que fuera culpa suya por haberse ido de la lengua.

Irse de la lengua con Bambi no resultaba difícil, pero constituía un motivo de inquietud cuando no se conseguía recordar con exactitud en qué parte de su precioso cuerpo había introducido la

lengua en cada momento.

¿Entraba dentro de lo posible que durante sus desmadradas noches de ron y coca hubiera hablado demasiado ante quien también solía tener las orejas muy abiertas?

¿Y entraba dentro de lo posible que mientras aquella partida de energúmenos se entretenía en tirarlo por la borda la muy zorra hubiera aprovechado para hacerse con la información que guardaba en su precioso maletín de piel de cocodrilo?

—¡Hija de la gran puta...! ¡El paladio!

Envió a dos de sus hombres al *parking* de aviones y a punto estuvo de darle un síncope cuando le confirmaron que también había desaparecido.

Al fin aceptó que su famosa buena suerte le había abandonado y llegaba el momento de rendir cuentas por la asombrosa magnitud de sus errores.

A los políticos locales que tan interesadamente le habían protegido no les haría ninguna gracia que se hiciera público que sabían que alguien que tenía prohibido pisar la Comunidad Económica Europea disfrutaba de una absoluta libertad de movimientos en la península ibérica paseándose libremente durante casi un mes en compañía de una llamativa y descarada jovenzuela.

Y menos gracia les haría que se supiera que de sus cuentas en Andorra habían salido los fondos que pagaban las campañas electorales de los candidatos bolivarianos.

Pese a que últimamente dichas campañas electorales hubieran acabado en rotundos fracasos.

Por si todo ello no bastara para amargarle la vida, ahora el Banco de Inglaterra se negaba a devolverle a Maduro las treinta toneladas de lingotes de oro que había depositado en sus bóvedas, alegando que el Reino Unido, al igual que la mayoría de los países occidentales, no reconocían como gobierno legítimo a Nicolás Maduro sino al del líder opositor, Juan Guaidó.

Eso quería decir que otros mil millones de dólares corrían peligro de perderse y su «jefe» no olvidaría que había sido él quien más empeño pusiera en la conveniencia de enviar el oro a Londres.

Se trataba de una increíble cascada de desgracias con cuantiosas pérdidas en dinero, cocaína, oro o paladio, por lo que llegó a la conclusión de que había llegado la hora de bañarse en «cariquito morao», que según su abuela era la única forma humana o divina de alejar la mala suerte.

Como en Europa no crecía el «cariquito morao» ordenó que le enviaran un saco a la embajada haciendo creer que se trataba de un café especial cosechado en una de sus haciendas.

Desafortunadamente el baño no dio el resultado apetecido puesto que como guinda o colofón a tanto desastre Maduro había decidido imitar a los líderes cubanos y norcoreanos que habían convertido sus regímenes comunistas en hereditarios. No quería ni imaginar lo que ocurriría cuando un zopenco como Nicolasito, tan zafio e inculto como su padre pero aún más ladino y avaricioso, se instalara en el palacio de Miraflores.

El presunto «heredero» se había criado en un entorno de opulencia y derroche en el que todo le estaba permitido, y le constaba que desde antes de cumplir la mayoría de edad había tenido acceso a toda clase de información privilegiada.

Si su padre había llegado a la presidencia conduciendo un autobús, él había llegado conduciendo un «Ferrari», y cosa sabida es que los «Ferraris» corren más y suelen llegar más lejos que los autobuses.

Fue al pensar en «Ferraris» y en que el suyo tenía un localizador para casos de robo cuando

cayó en la cuenta de que el todoterreno granate de la mansión de la costa también lo tenía.

A las dos horas la compañía aseguradora le comunicó en qué punto se encontraba en esos momentos.

# CAPÍTULO X

## «BIENVENIDOS»

Era la primera vez en mucho tiempo que se topaban con un cartel semejante, y lo que le hacía ciertamente especial era que rodeaba el escudo de piedra del arco de entrada a un camino que ascendía hasta un castillo medieval perfectamente restaurado, por lo que enfilaron con ciertas dudas el empinado sendero hasta desembocar en una rotonda en la que esperaba un portero uniformado.

—¿Esto es un parador o un hotel? —quiso saber César.

—Ninguna de las dos cosas, pero pueden pasar aquí la noche.

—¿Cuánto nos costará?

—Nada... Llevaré el equipaje a sus habitaciones.

Una pizpireta doncella los condujo por largos pasillos admirablemente decorados hasta un amplio salón en el que un elegante cincuentón parapetado tras un gigantesco piano de cola tocaba «La Polonesa» con notable habilidad.

Aguardaron a que concluyera y se pusiera en pie alzando los brazos como si esperara recibir una merecida ovación.

—Fastuosamente teatral, ¿no os parece? El conde Drácula recibiendo a unos infelices a los que espera morderles el cuello y chuparles la sangre. Pero no os preocupéis; como podéis ver soporto la luz sin derretirme —les tendió la mano saludándolos uno por uno—. ¿Cómo te llamas?

—Óscar.

—¿Y tú?

—Consuelo, pero todos me llaman Bambi.

—¿Y tú?

—Mubarac.

—Curioso... Hace casi mil años este castillo perteneció a un Mubarac. Tal vez seáis parientes. Yo soy Hipólito; Hipólito Bonfante Plaza.

—¿Hipólito Bonfante Plaza...? ¿Hijo del famoso Hipólito Bonfante Galera?

—Y nieto del no menos famoso Hipólito Bonfante Saavedra. ¿Algún problema?

—¡En absoluto...! —se apresuró a señalar la venezolana—. Excepto que tengo entendido que es usted el dueño de un equipo que ha jugado tres finales de la Eurocopa.

—Pero que no ha ganado ninguna...

—Porque nunca tuvo un buen rematador; Bolkan es un petardo.

—La próxima temporada, si es que la hay, lo sustituiré por Castellani.

—Otro mendrugo.

—Va en opiniones y no es hora de hablar de fútbol. ¿Os quedaréis a cenar?

—Si no es molestia.

—En absoluto, pero id a ducharos porque apestaís a mono.

—Pues como no nos laven la ropa seguiremos apestando igual.

—Dios proveerá.

Dios proveyó puesto que al salir del baño se encontraron sobre las camas tres elegantes batas azules bordadas con el escudo que adornaba la entrada del castillo.

Sentados frente al dueño de la casa parecían uniformados estudiantes de un colegio mayor que aguardaran las instrucciones de su severo rector.

—¿De quién estáis huyendo? —fue la primera y sorprendente pregunta de alguien que estaba claro que no se andaba con rodeos.

—¿Y a qué viene eso?

—A que a diez kilómetros de aquí hay una laguna y si alguien no se detiene a lavarse es que es muy guarro o huye de algo. Prefiero imaginar que no sois guarros.

—Gracias.

—¿Habéis matado a alguien?

—¡No! Naturalmente que no.

—¿Habéis robado a alguien...? —ante el desconcierto que había provocado la pregunta añadió, alzando los brazos como si pretendiera abarcar cuanto le rodeaba—: ¡Oh, vamos! —los animó—. Podéis contármelo; mi familia lleva cinco generaciones robando a mansalva y no me asusto. ¿De qué se trata?

—En realidad no hemos robado nada... —puntualizó Óscar—. Intentamos devolver algo a sus legítimos dueños.

—Si me obligaran a devolver todo lo que tengo a sus legítimos dueños me quedaría en pelotas. A veces lo intento pero no lo consigo porque la mayoría de los perjudicados han muerto.

—Tendrían familia.

—Mi abuelo era muy hábil a la hora de que no quedara constancia en los ayuntamientos ni en las parroquias de ningún tipo de lazos familiares. Pero ese es un tema que me aburre y por lo que sé no debéis andar muy bien de dinero puesto que preguntasteis cuánto os costaría pasar aquí la noche.

—No —reconoció Bambi en un tono casi agresivo—. No andamos bien de dinero, pero no nos asusta pasar otra noche al raso.

El hospitalario Hipólito Bonfante aguardó a que sirvieran el primer plato, alargó la mano, abrió el cajón del aparador que se encontraba a sus espaldas y extrajo tres fajos de billetes que colocó sobre el mantel.

—Quince mil euros por esa historia.

—Pero son billetes de quinientos —protestó Mubarak—. ¿Quién nos los va a cambiar?

—Ese ya no es mi problema... —en el momento en que iba a añadir algo hizo su entrada el mayordomo, que señaló:

—Perdón, señor, pero acaba de llegar Spencer y pregunta si puede recibirle.

—¿Spencer...? No le esperaba hasta mañana pero me encantará que escuche lo que estos chicos tienen que contar. Que pase.

A los pocos instantes hizo su entrada un pelirrojo escuálido y de enormes gafas con montura de concha.

—¡Buenas noches! —saludó con un marcado acento extranjero.

—¡Buenas noches, Spencer! ¿Qué tal el viaje?

—Cerré el contrato con Castellani pero seguimos sin encontrar un buen lateral derecho.

—Seguiremos buscando... Estos son Bambi, César y Mubarak. Y este es mi negro.

—Pero si es pelirrojo...

—Lo sé, pero me está ayudando a escribir «La tremebunda y vergonzosa historia de la funesta familia Bonfante», y a eso se le suele llamar «un escritor fantasma», o más coloquialmente, «un negro».

—¿Realmente estás escribiendo un libro que se titula «La tremebunda y vergonzosa historia de la funesta familia Bonfante» sacando los trapos sucios de tus antepasados?

—Desde luego. Y se publicará con una primera edición de doscientos mil ejemplares en tres idiomas.

—¿Y eso por qué?

—Porque el día que cumplí dieciocho años mi madre me confesó que en realidad no era hijo del ínclito don Hipólito Bonfante, sino de un valiente conductor que se jugaba la vida cada día.

—¿Era corredor de Fórmula Uno?

—No exactamente, pero si consigo que lea el libro tal vez pueda conocerlo.

—¡Qué fuerte!

—Y ahora venga vuestra historia. He pagado por ella.

Le hicieron un pormenorizado relato —por valor de quince mil euros— de lo ocurrido durante las últimas semanas, y cuando hubieron concluido, el dueño de tan soberbio castillo y tan fabulosa fortuna rió y aplaudió para acabar por volverse al personal que había ido acudiendo con el fin de no perderse una palabra de tan curiosas peripecias.

—¿Qué os parece? ¿No es increíble? Spencer, quedas contratado para escribir «La fabulosa y rocambolesca historia de los ladrones de ruedas».

—Eran llantas...

—Pero suena mejor ruedas y soy el que paga, o sea que no hay más que hablar.

Mubarak se volvió a Óscar:

—Este tipo es un sátrapa.

—Si supiera lo que significa probablemente te daría la razón, pero no lo sé.

—Si me hubieras hecho caso leyendo «Las Mil y Una Noches» en lugar de las estúpidas aventuras del gomero analfabeto que se fue con Colón, lo sabrías: un sátrapa es un dictador que no soporta que le lleven la contraria.

—¿Una especie de Bolsonaro?

—¡Un momento...! —les interrumpió aquel de quien estaban hablando—. Lo consiento todo excepto compararme con semejante basura, que además de corrupto es un estúpido bocazas que se ha contagiado del virus pese a que aseguraba que no era más que un simple catarro.

—Objeción aceptada y te pido disculpas. Bolsonaro es un cretino y un impresentable que está



destruyendo la Amazonia y al que no me extrañaría que acabaran acusando de genocidio.

—Disculpas aceptadas. Y ahora podéis pasar al jardín, donde os servirán el café y las copas. Spencer y yo tenemos cosas que tratar.

Obedecieron porque ante tan amable sátrapa no les quedaba otra que obedecer, y al poco se encontraron contemplando una esplendorosa media luna, fumando enormes habanos y disfrutando de un excelente coñac «Bonfante veinte años».

Con sus batas y zapatillas azules parecían pupilos de un colegio mayor para hijos de marqueses, por lo que Óscar no pudo evitar echarse a reír.

—Supongo que al alba tendremos que estar levantados, duchados y listos para pasar revista.

—¡Qué tipo!

—Y a mí que me cae bien.

—¿Qué te cae bien, desvergonzada? Tú lo que estás es loca por hacerle un «pompino».

—Te equivocas. Me merece mucho respeto.

—¿Quieres decir con eso que nosotros no te merecemos respeto?

—Es que es un auténtico señor.

—¿Un auténtico señor? Es exactamente eso: un sátrapa.

Hipólito Bonfante podía ser un sátrapa que disfrutaba haciendo payasadas, pero sobre todo era un hombre pragmático que no solo había sabido conservar una desmesurada fortuna mal adquirida en tiempos de dictadura, sino que había sabido multiplicarla por unos métodos perfectamente lícitos en tiempos de democracia.

Debido a ello al día siguiente mandó llamar a sus huéspedes y les espetó sin más preámbulos:

—He pensado que, a la vista de la rapidez con que evoluciona la tecnología, sería una buena idea invertir en paladio en vez de en oro, que empieza a estar sobrevalorado.

—Por lo que veo usted es de los que siempre «están al loro».

—«Estar al loro» sobre la evolución de los acontecimientos y saber cómo corromper a los políticos son dos de los ingredientes que se les añade a la leche de los niños de la familia Bonfante.

—¿O sea que es algo que se mama?

—De la teta o del biberón. Os ofrezco sesenta millones por esas ruedas.

—Llantas...

—Ruedas. Y si me vuelves a llevar la contraria lo rebajo.

—A mí como si se la machaca —fue la soez y contundente respuesta de quien no podía dejar de ser Bambi bajo ninguna circunstancia—. No pensamos venderlas porque no son nuestras.

—¿Entonces para qué las habéis robado?

—Para joder a Maduro.

—Y para ayudar a aquellos a los que ha jodido Maduro.

—¿Y cómo pensáis hacerlo?

—Ese es ya otro problema —puntualizó Mubarak—. Tal como suele ocurrirles a la mayoría de los ladrones, no sabemos administrar lo robado.

—Está claro que no conociste a mi abuelo.

\* \* \*

Saúl no murió gracias a su fortaleza y su enorme fuerza de voluntad, pero perdió quince kilos y pasó a convertirse en una sombra de sí mismo tanto desde el punto de vista físico como emocional.

El incansable hombre-armario de manos como mazas y piernas como columnas tenía que agarrarse a los muebles con el fin de levantarse de una silla o apoyarse en un bastón si pretendía avanzar un metro.

Con el paso de los años los seres humanos acaban por aceptar sus limitaciones, pero resulta harto difícil admitirlo cuando están en la plenitud de su vida y saben que su familia los necesita.

Con frecuencia la impotencia y la frustración daban paso a la ira y le nublaban la mente, por lo que de tanto en tanto lanzaba sonoras palabrotas que horrorizaban a su gazmoña esposa, que no podía olvidar que había sido educada en un convento de monjas.

En otras circunstancias sus hermanos y su hija se hubieran reído ante tan escandalosos exabruptos, pero pronto se dieron cuenta de que no respondían a una lógica necesidad de desahogarse sino a la evidencia de un deterioro mental que progresaba con preocupante rapidez.

Le veían sentarse en el porche con la vista clavada en el sendero intentando encender la pipa con manos temblorosas y tenían la extraña sensación de que cualquier noche echaría a andar, se perdería en la distancia y no sabría encontrar el camino de vuelta.

A menudo preguntaba por Óscar echándole en cara que no hubiera regresado a ayudar en las labores de la granja.

—Pronto volverá.

—Pronto será tarde.

Tenía razón, y no solo en lo que se refería a Óscar, sino en lo que se refería a todo.

Pronto sería tarde para una humanidad que comenzaba a recuperarse de una primera embestida de una feroz epidemia pero no parecía haber aprendido lo suficiente como para encarar una segunda.

Sus dirigentes habían demostrado una inconcebible ineptitud a la hora de enfrentarse al virus —lo cual en cierto modo podía justificarse debido a su brutal agresividad—, pero ahora los políticos más rastreros intentaban aprovecharlo con el fin de hacerse con el poder, o hacerse con un trocito mayor de poder.

El ansia de poder sacaba siempre a la luz lo peor de cada ser humano, tal vez debido a que lo peor de los seres humanos suele ser su ansia de poder, pero en este caso, cuando las babosas reptaban hacia la cumbre sobre montañas de cadáveres de ancianos abandonados a su suerte, el dantesco espectáculo se volvía aún más repelente.

Saúl se consideraba el mejor ejemplo de cómo se podía resistir una primera embestida y sucumbir ante la segunda, y ya a lo único que aspiraba era a volver a ver a su hijo antes de ir a hacerles compañía a sus abuelos y a sus padres.

Cuando Laura bajaba al porche a media tarde y se balanceaban juntos, con los perros a sus pies, le permitía que le encendiera la pipa y aspirara una primera bocanada de humo.

—El tabaco es un mal vicio... —le advertía—. Muy mal vicio, pero también puede ser una excelente compañía.

—A ti nunca te ha faltado la compañía.

—Ni tabaco.

No podía faltarle ni en unos difíciles momentos en que casi todo faltaba debido a que lo cultivaba en una soleada parcela protegida del viento, sin permitir que nadie participara en su elaboración, alegando que ya que se trataba de un vicio debía ser el vicioso el único que trabajase.

A su hermana, empedernida fumadora de cigarrillos, jamás se le pasaba por la mente tocar una sola hoja del tabaco de Saúl, y sus razones tenía, puesto que la primera vez que él se lo ofreció y lió un pitillo estuvo media hora tosiendo.

—La pipa es cosa de hombres —comentó casi sin venir a cuento Saúl, pero observó de reojo a su hija y se contradijo—: Bueno, en realidad hay una notable excepción: Margarita Landi.

—¿Quién es esa?

—Era una periodista especializada en crímenes, muy famosa en mi juventud. Bajita, rubia y con cara de niña fumaba en pipa y contaba historias de crímenes espeluznantes como si fuera lo más natural del mundo, por lo que se la consideró una mujer realmente adelantada a su tiempo. Llegó a resolver complejos asesinatos por sí misma lo que le valió que la nombraran detective oficial de la Policía. A mi madre le encantaban sus historias.

—Pues ahora tendría una historia muy difícil de contar: cómo atrapar a un asesino impalpable.

—La verdad es que no creo que hubiera sido capaz de detener al virus, pero a mí me habría atrapado en un abrir y cerrar de ojos.

—Tú nunca has sido un asesino.

—¿Y qué nombre recibe quien dispara contra personas indefensas?

Laura sabía que aquella era una discusión que no conducía a ninguna parte, y que alegara lo que quisiera que alegara, su padre se iría a la tumba con tan pesada carga sobre la conciencia, por lo que decidió cambiar radicalmente de conversación:

—El tío Samuel me ha contado cosas muy curiosas sobre las discotecas. ¿Estuviste en alguna?

—Nunca, pero un sábado sí y otro no tu madre y yo íbamos al baile del pueblo, aunque allí lo único que había era una gramola en la que echabas una moneda y te ponía un disco. Nos encantaban los boleros de Armando Manzanero.

—¡Carrozas!

—Los padres siempre seremos carrozas, cielo. De lo contrario no seríamos padres.

## CAPÍTULO XI

Hipólito Bonfante había hecho algunas discretas averiguaciones que le reafirmaron en la idea de que invertir en paladio ofrecía innegables ventajas, por lo que decidió aumentar su oferta hasta los ochenta millones y una vez más recibió una especie de patada en la entrepierna cuando la imprevisible Bambi puntualizó:

—Con una condición.

—¿Y es...?

—Que contrates a Carriere.

—¿Y quién es ese?

—El mejor lateral derecho del momento. Y no es ese; es esa. Mónica Carriere.

—¿Una mujer?

—Y muy guapa.

—Pero yo no puedo fichar mujeres... —protestó el dueño del castillo—. No tengo equipo femenino.

—Es que no quiero que la contrates para un equipo femenino. Quiero que la contrates para que «tu pendejo equipo masculino» gane de una puta vez la Eurocopa.

—¿Pero qué bobadas dices? La ley no lo permite.

—¿Y por qué?

—Y yo qué sé.

—¿O sea que la ley permite a las mujeres jugarse la vida como los hombres siendo militares, astronautas, bomberos o policías, pero no les permite jugar al fútbol con los hombres porque corren el riesgo de que les toquen el culo?

—Supongo que no será por eso.

—¿Entonces por qué? —insistió la venezolana, a la que estaba claro que no le hacía callar ni el Santo Advenimiento—. ¿Acaso no te habías dado cuenta de que es en el mundo del deporte profesional donde únicamente sigue existiendo tan arcaica y descarada discriminación?

—¡Oye...! —intervino Mubarak—. Nunca lo había pensado, pero tiene razón...

—Mucha... —le apoyó Óscar—. Y no solo en fútbol; también en ciclismo, baloncesto, tenis e incluso en el golf.

—¡Vaya por Dios! —se lamentó Bonfante—. ¿Ahora estáis de su parte?

—No se trata de estar de su parte sino de admitir que lo que es verdad es verdad. Es tan absurdo como cuando un mozarrón pintarrajeado y con peluca tenía que hacer de virginal doncella porque estaba prohibido que las mujeres fueran actrices.

—Vi una película que trataba del tema.

—Yo también, «Shakespeare enamorado». Era muy buena.

—En ese campo el deporte lleva cinco siglos de atraso —insistió Bambi—. Mi prima Marta le sacaría tres hoyos al mendrugo que quedó cuarto en el Open de Augusta y creo que ha llegado el momento de reivindicar los derechos de la mujer en ese último bastión del machismo.

Don Hipólito Bonfante, poderoso amo y señor de un castillo feudal, sátrapa acostumbrado a hacer siempre lo que le daba la gana y nada proclive a que desviaran la conversación del rumbo que había elegido, lanzó un bufido con el que pretendía expresar la magnitud de su descontento.

—¡Maldita sea...! —exclamó—. ¿Cómo es posible que empecemos hablando de invertir en paladio y acabemos hablando del machismo en el deporte? ¡No es serio!

—Ciertamente... Retiro lo de fichar a Mónica Carriere a cambio de que ese dinero sea devuelto al pueblo venezolano... —hizo una corta pausa antes de añadir—: Y el de los bancos también.

—¿Qué bancos? —quiso saber un nuevamente sorprendido Óscar.

—Los de Panamá y Andorra... —aguardó unos instantes como regodeándose con el impacto que habían causado sus palabras y se dio aires de mujer fatal al encender con estudiada lentitud un cigarrillo. Por último, pero con la misma estudiada lentitud, extrajo del bolso una libreta para acabar señalando—: Deodato tiene dos malas costumbres: habla mucho y lo anota todo.

—¿Estás pretendiendo hacernos creer que conoces las claves de sus cuentas bancarias?

—De algunas...

—¡Qué bruja!

—¿Qué crees que hace una chica viviendo con un tipejo que sabes que cualquier día te dará la patada? «Estar al loro», si no quieres volver a casa sin más que lo que llevabas puesto el día que le conociste.

—Algunos regalos te haría.

—Ropa íntima de putón desorejado, bisutería barata, un teléfono móvil que revisaba a mis espaldas y una tarjeta de crédito con un tope de gasto. Estaba convencido de que debía adorarlo por ser muy general y muy macho. Me gustaría ver su cara cuando comprenda que le estoy dejando en bragas de putón desorejado.

—Por algo la palabra venganza es femenina.

—Y justicia también. Mientras que odio y rencor son masculinas. Y hablando de masculino y femenino, tengo una curiosidad: ¿por qué nunca te has casado?

—¿Quién ha dicho eso? Estuve casado y era la mujer más hermosa, dulce e inteligente que haya existido.

—¿Y qué paso...?

—Murió.

—¿Del virus?

—¡Oh, no! Fue mucho antes.

—¿De qué?

Se diría que quien estaba siendo sometido a tan inapropiado interrogatorio se negaría a responder, pero apoyando la cabeza en el respaldo de la butaca observó el techo durante un par de minutos antes de contestar.

—Tuve que viajar a Pekín para cerrar un contrato de fabricación del «Correcaminos» —dijo

al fin—. Cogí una infección intestinal, se empeñó en ir a cuidarme y cuando al cabo de una semana la muerte vino a buscarme, la vio, se enamoró y prefirió llevársela a ella. Ni siquiera me dejó acompañarla. Supongo que por celos.

Se quedaron tan confusos como de costumbre debido a que don Hipólito tenía la infernal habilidad de confundirlos.

Tan solo al cabo de un rato Mubarak se decidió a inquirir:

—¿Y nunca has pensado en volver a casarte?

—¿Para qué? ¿Para amargarle la vida a una pobre infeliz haciendo comparaciones? Hubiera sido muy cruel. Así estoy bien, sobre todo en unos momentos en los que la convivencia crispa los nervios.

—Sobre todo los de quien tenga que vivir contigo... ¡Es broma! Y ahora explícame eso del «Correcaminos». ¿Qué ibas a montar? ¿Una granja avícola?

—Una fábrica.

—¿Una fábrica? —se enfurruño Bambi—. ¿Me estás mamando gallo? Las aves no se fabrican; se crían.

—Es que mi «Correcaminos» no era un ave; era un tren... —dudó—. Bueno, en realidad no era un tren, sino el escudero de un tren.

—¿Te importaría explicarte?

—Sería largo.

—No nos espera ningún tren.

—¡Lástima...! Me libraría de vosotros.

—Cuando quieras librarte de nosotros no tienes más que decirlo, pero antes nos contarás esa historia del escudero del tren.

—De acuerdo —sacó un manuscrito del cajón de su mesa y, mientras buscaba una determinada página, añadió—: Os voy a leer un párrafo de «La tremebunda y vergonzosa historia de la funesta familia Bonfante» para que os hagáis una idea de cómo ocurrieron los hechos:

«Por aquellas fechas, don Hipólito invitó a su joven esposa a realizar un instructivo viaje, partiendo en tren desde Arica, en la costa chilena, con el fin de ascender hasta Bolivia y el lago Titicaca visitando Cuzco y Machu-Picchu.

»Por desgracia don Hipólito no había contado con un temible enemigo, ‘el mal de altura’, por lo que en cuanto ascendieron a más de mil quinientos metros el soroche le provocó dolores de cabeza, mareos, vómitos, y sobre todo una imparable diarrea que le obligó a permanecer en cama durante el resto del viaje.

»No obstante, a la hermosa ecuatoriana Malena Plaza, criada a casi tres mil metros de altura al pie del Cotopaxi, aquel cambio de aires —o mejor sería decir, aquella falta de oxígeno en el aire— no le molestaba en absoluto y disfrutó mucho del viaje.

»Y una de las cosas que más llamó su atención fue el hecho de que un automóvil, al que le habían cambiado los neumáticos por ruedas de tren, avanzara siempre a unos doscientos metros por delante de la locomotora y que su arriesgado conductor ejerciera el papel de fiel escudero, ya que avisaba por radio al maquinista en caso de que existiera algún

peligro.

»Y en las alturas de la enrevesada cordillera andina, los peligros sobaban: avalanchas de nieve, desprendimientos de rocas, lluvias torrenciales, ovejas, burros, llamas e incluso niños en las vías, raíles mal alienados... tantas y tan variadas incidencias que en ocasiones el viaje se convertía en una auténtica odisea.

»En cualquier otro lugar dicha odisea hubiera acabado con docenas de muertos en el fondo de un barranco pero gracias al ingenioso vehículo y al valor de su conductor, lo único que se producían eran retrasos.

»Portentosos paisajes, hombres valientes y retrasos en los horarios de los trenes suelen acarrear insospechadas consecuencias, y una de ellas fue que la hermosa Malena y el arriesgado escudero concibieran un hijo a orillas del mítico lago Titicaca».

—Supongo que de pequeño te llamarían Tuticaca.

—Muy graciosa, pero volviendo a lo que nos ocupa, lo que resulta evidente es que los trenes han mejorado mucho, pero se siguen produciendo miles de accidentes y en casi ningún caso el maquinista pudo evitar la colisión ya que su velocidad era excesiva en relación con el espacio que necesitaba para detenerse.

—En eso puede que tengas razón.

—La tengo y no debería considerarse un «fallo humano» porque no se pueden exigir los mismos reflejos a casi cuatrocientos kilómetros por hora que a cien. El ser humano y su capacidad de reacción siguen siendo iguales porque el hombre no ha mejorado al ritmo que lo han hecho las máquinas.

—¡Dímelo a mí! Si no hubiera aparecido el viejo con el tractor nunca habríamos conseguido llevarnos las llantas.

—¡Ruedas!

—¡Plasta de tío!

—¡Bocazas..! El «Correcaminos» es una locomotora que va siempre delante del tren pero no lleva tripulación. La distancia que les separa se encuentra determinada por la velocidad a la que van en cada momento, así como por el espacio que necesitará a la hora de detenerse.

—¿Y eso cómo se consigue?

—Con ordenadores conectados entre sí por medio de cámaras de televisión, con lo que el maquinista está siempre al corriente del estado de la vía ya que no solo ve lo que tiene delante sino lo que está delante del «Correcaminos».

—Pues parece un sistema muy práctico. ¿Por qué no se ha puesto en marcha?

—Por culpa de las empresas que fabrican frenos automáticos, pese a que no funcionan. En la India hubo un accidente con casi mil muertos y lo primero que hicieron fue borrar las pruebas de que se habían colocado ese tipo de frenos.

—¿También en eso existen mafias? —quiso saber Bambi.

—Como en todo lo que mueve mucho dinero, cielo.

—Pero están en juego muchas vidas.

—¿Crees que les importa?



## CAPÍTULO XII

Cuando el mayordomo vino a comunicarle que dos individuos de aspecto poco recomendable solicitaban verle, don Hipólito Bonfante no dudó en recibirlos con la más cordial de sus sonrisas.

—Ustedes dirán...

Le mostraron un documento cuajado de sellos y estampillas.

—Traemos una orden de búsqueda y captura contra Consuelo Gálvez y hemos sabido que...

—Pero está firmada por un juez venezolano que aquí no tiene jurisdicción —les hizo notar tras echarle una rápida ojeada al documento.

—Pero está refrendada por la embajada y...

—A mí como si está refrendada por el mismísimo Cid Campeador, que por cierto pasó aquí casi una semana. ¿Lo sabían? —ante el gesto de negación añadió—: Cuando el rey lo expulsó de Burgos y se dirigía a...

—¡Por favor! Tenemos prisa.

—Pues los sicarios nunca deben tener prisa, amigo mío. Se ven obligados a cometer errores.

—¿Qué está insinuando?

—No estoy insinuando; estoy afirmando que son ustedes un par de gilipollas, unos ineptos que han entrado desarmados en un castillo en el que hasta el cocinero duerme con metralleta.

—¿Cómo sabe que estamos desarmados?

—Porque en la puerta tenemos un detector de metales y me consta que no llevan encima más que un bolígrafo, unas gafas de sol, una hebilla con una calavera y unas cuantas monedas.

Ante el desconcierto, y casi podría decirse pánico, de quienes no esperaban semejante recibimiento, el dueño de la casa, que parecía estar disfrutando como un niño travieso, añadió-: A la vista de ello, y de que han sido cogidos con las manos en la masa, les ofrezco dos opciones: o resignarse a que les sumerja en barricas de mi coñac añejo, ¡excelente por cierto!, donde sus cadáveres se conservarán varios años incorruptos, o negociar.

—¿Negociar qué?

—El precio.

—¿El precio de qué?

—De los asesinatos, naturalmente. ¿De qué otra cosa estamos hablando?

A los dos matones, que habían acabado ejerciendo tan peligrosa profesión no por la brillantez de sus mentes sino por su falta de escrúpulos, jamás se les había pasado por la cabeza la posibilidad de encontrarse en semejante situación.

Sin órdenes muy concretas y sin un arma en la mano se sentían como si acabaran de

abandonarlos en un témpano de la Antártida, por lo que a uno de ellos comenzó a temblarle la mano.

Quien se sentaba al otro lado de la mesa lo advirtió y pareció apiadarse.

—A ver... —inquirió—. ¿Cuánto recibirían por el trabajo?

—Cincuenta mil dólares.

—¿Cincuenta mil dólares? —fingió escandalizarse—. ¡Increíble! ¿Un cabronazo por cuya captura el gobierno americano ofrece diez millones tan solo les paga esa miseria por liquidar a una muchacha que acaba de escamotearle cien millones? ¿No les da vergüenza?

—Son tiempos difíciles.

—¿Por el virus?

—Y por las mascarillas. Si tienes que disparar a alguien a quien no conoces y lleva mascarilla corres el riesgo de fallar y por lo tanto disminuyen los contratos.

—Lo entiendo.

—Nadie que paga por matar a su mujer quiere arriesgarse a que maten a su cuñada.

—Pues a menudo resulta más práctico matar a la cuñada.

—No le diría yo que no. Detrás de cada mala esposa suela haber una mala suegra o una mala cuñada.

—Sin duda es un interesante tema de conversación del que deberíamos discutir en otro momento, pero ahora voy a hacerles una oferta: medio millón por acabar con Deodato Carballo.

—¿Bromea?

La respuesta fueron dos fajos de billetes de quinientos euros colocados sobre la mesa.

—Esto es un anticipo; más de lo que él les paga por la totalidad del trabajo.

Se miraron visiblemente desorientados.

—¿Tú qué opinas?

—Que somos profesionales.

—¿Y eso qué significa...? ¿Que debemos ser fieles al primero que paga o a quien más paga?

—Difícil pregunta.

—También les queda la opción de las barricadas de coñac.

Aún dudaron unos instantes, pero parecieron comprender que no tenían donde elegir.

—¡De acuerdo! Usted gana.

—Una decisión acertada. Cojan ese dinero, pero tengan presente que tengo la matrícula de su coche, sus permisos de conducir, fotos, nombres e incluso apodos. Si me la juegan mandaré un ejército a volarles la cabeza.

En cuanto se hubieron marchado, mohínos, avergonzados e incapaces de mirarse a la cara, puesto que habían cruzado el umbral como bulldogsy salían como chihuahuas, don Hipólito mandó llamar a sus huéspedes y les puso al corriente de lo ocurrido indicándoles que no tendrían que volver a preocuparse por Deodato Carballo.

Acertó de pleno.

En cuanto «el espejo en que deberían mirarse todos los venezolanos» puso los pies fuera de su lujosa mansión del exclusivo Club de Golf Valle Arriba y recibió dos impactos de bala de los cuatro que le estaban destinados, admitió que la suerte seguía de su lado por el hecho de no estar muerto, pero que probablemente aquella sería la última vez que le echaba una mano.

Las heridas no eran graves; lo verdaderamente grave era que un par de «motorizados» continuaban sueltos y decididos a terminar su trabajo.

Los «motorizados» eran desde hacía años una especie de cuerpo «paramilitar» encargado de sembrar el terror entre los caraqueños con armas que les proporcionaba el Ejército, y lo sabía muy bien puesto que había sido uno de sus creadores.

De dónde provenía la orden carecía de importancia, y a decir verdad no le guardaba rencor a quien la hubiera dado convencido como estaba de haberse convertido en un incordio.

Si hacía perder millones a sus socios a la par que ponía en peligro a políticos bolivarianos de distintos países, consideraba más que justificado que tanto los unos como los otros pretendieran eliminarlo.

Él hubiera hecho lo mismo.

Se acuarteló en su casa protegido por media docena de matones, pero en cuanto se presentó la oportunidad se puso unas gafas negras, una mascarilla azul y un sombrero de paja, y se subió a un avión rumbo a Dubai desde donde continuó viaje hacia el Este.

Le había venido a la mente una frase de «El Padrino»:

*«Ten cerca a tus amigos, pero aún más cerca a tus enemigos».*

Se trataba de una frase muy acertada, pero en su caso, amigos y enemigos se encontraban tan cerca y tan apelotonados que apenas se diferenciaban, debido a lo cual la mejor solución que se le ocurrió fue comprarse una casita en una playa tailandesa, cambiarse el nombre, dejarse la barba y permitir que le realizaran un trasplante de pelo, que buena falta le hacía.

Echaría de menos que todos se cuadrasen a su paso y el terror que se leía en los rostros de aquellos a quienes ordenaba torturar o ejecutar, pero, al igual que les ocurría a la inmensa mayoría de los verdugos y torturadores, se desmoronó en cuanto no se supo respaldado.

Se esforzó por llevar una vida tranquila y ordenada, pero su mayor problema estribaba en que casi cada noche soñaba que hacía el amor con Bambi, lo que le obligaba a despertarse notablemente molesto.

Que la culpable de sus pesadillas se hubiera convertido en la protagonista de sus sueños se le antojaba un contrasentido.

Y una gran putada.

Ajena al hecho de haberse convertido en protagonista de sueños o pesadillas, la venezolana intentaba imaginarse un futuro en el que pudiese encajar en un mundo que se había convertido en un rompecabezas en el que ninguna pieza estaba en el lugar que le correspondía.

Mientras se encontraba a bordo del «Cruz del Sur» la epidemia parecía ser tan solo algo distante que únicamente se sufría en tierra firme y que pronto pasaría a ser un amargo recuerdo, pero ahora estaba convencida de la inmensa magnitud de su error.

¡«Qué vaina tan inconmensurable!»! era una exclamación típicamente caraqueña con la que expresaba de forma clara y rotunda que algo, fuera lo que fuera, bueno o malo, humano, físico o espiritual, superaba cualquier tipo de medida.

Y el dichoso virus demostraba día tras día que no había forma de controlarlo.

Le vinieron a la mente los versos que Deodato recitaba a voz en cuello tras haber echado un polvo del que se sintiera especialmente satisfecho, momento en el que se consideraba poco menos que un Tenorio revivido:

*«Yo a las cabañas bajé,  
yo a los palacios subí,  
yo los claustros escalé,  
y en todas partes dejé  
memoria amarga de mí».*

Aquel virus —que de Tenorio no tenía nada puesto que era más feo que el dictador coreano y su corte de pelo era aún peor— se había adueñado de las cabañas y los palacios sin hacerle ascos a los claustros, y por lo tanto no ofrecía más opción que intentar convivir con él hasta que le apeteciera dar el último zarpazo.

Aceptar que algo no tiene remedio cuando efectivamente no tiene remedio no constituye un acto de cobardía, sino de sensatez.

Cuando el río descendía con demasiada fuerza la mejor opción era conservar la calma y dejarse arrastrar hasta alcanzar un remanso.

Y el río de su vida solía correr con excesivo ímpetu.

Aún no había cumplido quince años el día en que a su padre le diagnosticaron el cáncer que en pocos meses acabaría con su vida, y le enorgullecía la serenidad con la que aquel buen hombre, trabajador incansable excepto los fines de semana en que se ponía hasta las cejas de cerveza, recibió la noticia.

—Me queda el consuelo de morir sin ver cómo Maduro acaba de destrozar el mejor país del mundo.

Tuvo suerte pues falleció antes de ver como su pequeña se liaba con el más sanguinario de los compinches de Maduro, lo cual habría significado una inaceptable deshonra y una segunda muerte.

Ni siquiera le habría consolado saber que «su pequeña» se las había ingeniado a la hora de despellejar a unos cuantos canallas.

\* \* \*

—Han puesto a la venta un crucero de unos trescientos metros de eslora con capacidad para cuatro mil pasajeros y ochocientos tripulantes —Mubarak hizo una pausa antes de concretar—: Bueno, en realidad hay docenas de cruceros a la venta, pero este parece el más apropiado.

—¿Y dónde está?

—En Mallorca.

—¿Listo para navegar?

—En doce horas.

—¿Cómo se llama?

—«Sabor a Mar».

—Algo cursi, ¿no te parece?

—Hacía viajes para parejas, que incluso podían casarse a bordo. Tipo Las Vegas.

Óscar meditó unos instantes antes de señalar:

—¡Cómpralo! —pero casi al segundo pareció arrepentirse—. No; ofréceles doscientos mil euros por un año de alquiler con opción a compra.

—Dudo que acepten.

—Aceptarán. No tienen ni un puto pasajero que llevarse a la boca y saben que si el barco queda inactivo se deteriorará, mientras que si nosotros lo utilizamos podrá empezar a navegar en cuanto haya desaparecido el virus. Y si no ha desaparecido volveremos a alquilárselo.

—¿Estás decidido a ampliar tu «ciudad flotante»? —quiso saber Hipólito Bonfante.

—No es «mi ciudad flotante». Es el único lugar en el que miles de personas atemorizadas por los rebotes de la epidemia se sienten a gusto sin tener que pasarse la vida tras una mascarilla. Respiran aire puro y cuando alzan la vista ven el mar, no un rascacielos. ¿En qué mejor podríamos emplear el dinero de los bolivarianos?

—Durante las guerras siempre ha habido hospitales flotantes... —admitió el dueño del castillo—. Y esta es la peor guerra que haya existido, o sea que compraré uno de esos barcos y lo añadiré a tu flota.

—No necesitas comprarlo. Te basta con alquilarlo.

—No me gusta alquilar nada. Si la epidemia acaba lo usaré como yate.

—¿Un yate para tres mil pasajeros? —se asombró Bambi.

—¿Y por qué no? Últimamente estoy haciendo muchos amigos. Tan solo pongo una condición: se llamará «Titicaca».

—No es serio.

—Pero a mí me gusta.

—Corremos el riesgo de que también acaben llamándole «Tuticaca».

—No si está limpio, y pagaré para que siempre lo esté. ¡Si será por dinero...!

Discutir con Hipólito Bonfante resultaba tan divertido como inútil ya que estaba convencido de que toda aquella rocambolesca historia de ruedas de paladio, destrucción de toneladas de cocaína, contratación de sicarios y una ciudad flotante constituía el colofón perfecto para «La tremebunda y vergonzosa historia de la funesta familia Bonfante».

Tal vez algún descendiente de los cientos de infelices a los que su familia había humillado y expoliado sería acogido, protegido y curado en el «Titicaca», y la sola idea de que algo así pudiera suceder le llenaba de satisfacción.

Derrochar el dinero era como escupir sobre la tumba de quien en realidad no era su abuelo, y al que se lo llevarían de nuevo los demonios que se lo llevaron el día que murió.

Le hubiera gustado ver su cara en el momento en que Satanás viniera a comunicarle que su nieto —que en realidad ni siquiera era su nieto puesto que no era hijo de su hijo sino de un pelanas— se iba a gastar una fortuna en comprar un crucero y convertirlo en hospital.

Tan solo por eso valía la pena creer en el cielo y el infierno.

La única pena que le quedaba era que todo aquel dinero no le había servido para encontrar a su verdadero padre.

Había contratado a un detective que estuvo indagando durante años tanto en Chile como en Bolivia y Perú, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles. Nadie había sido capaz de proporcionar alguna pista acerca de la identidad de un arriesgado conductor que medio siglo atrás se jugaba la vida conduciendo un coche/tren por la peligrosísima cordillera de Los Andes.

Lo único que encontró fue una vieja fotografía en la que apenas podía distinguirse a un rubio muy flaco apoyado en la puerta de un vetusto «Packard» con ruedas de tren en la estación de Arica.

Don Hipólito siempre había lamentado que su madre no hubiera querido darle el nombre de su

padre y en ocasiones llegó a pensar que ni siquiera lo sabía.

Los expertos en la materia, aquellos que escribían libros sobre pasiones desenfrenadas, afirmaban categóricamente que cuando el deseo alcanzaba una determinada cuota de excitación — algo así como el punto de ebullición del agua—, ni los nombres, ni las creencias, ni el color de la piel importaba.

Y como el Titicaca se encontraba a casi cuatro mil metros de altura, el agua necesitaba dos grados menos a la hora de empezar a hervir.

El encuentro debió ser como el choque frontal de dos locomotoras.

Y el resultado estaba allí, comprando barcos como si fueran corbatas, o más aún, puesto que él jamás se había comprado una corbata.

Las odiaba.

Las odiaba porque los auténticos Bonfante eran tan detallistas que cuando se disponían a desahuciar a una familia se ponían corbata negra.

Fue así, por el capricho de un redomado caprichoso, por lo que una nave más se unió al «Cruz del Sur», «El Estrella Polar» y el «Sabor a Mar», con lo que «la ciudad flotante» se encontró en capacidad de acoger a unas diez mil personas.

Quienes tenían medios económicos corrían con sus gastos; el resto se abonaba con el dinero que se les había requisado a los bolivarianos.

\* \* \*

Hacía muchísimo calor, los campos estaban en rastrojo y una nube de polvo se alzó a lo lejos aproximándose dando tumbos por un camino tan lleno de baches que hacían dudar de la salud mental de quien se aventuraba a viajar en semejante momento por semejante lugar.

Aquella era la sagrada hora de la siesta; una siesta que nada ni nadie debía perturbar puesto que significaba el merecido descanso tras toda una mañana de duro esfuerzo.

Luego llegó el rumor.

Luego el color.

Era verde, se zarandeaba como las maracas de un rumbero loco y los perros comenzaron a ladrar.

Al fin se detuvo ante la verja y descendió un hombre.

Ya era un hombre.

Se había ido siendo un muchacho, pero en tan corto espacio de tiempo había vuelto siendo un hombre que había pasado por incontables vicisitudes.

Laura fue la primera en lanzarse a su cuello y al poco toda la familia formó una piña de risas y lágrimas mientras los perros daban saltos y movían el rabo.

Necesitaba un buen baño y descansar puesto que el viaje había sido largo y pesado.

A la hora de la cena, cochinito asado —su plato favorito— y con «Coco» en el regazo, comenzó a contar una historia que les dejó embobados.

Tiempo atrás no le hubieran creído, pero si ellos allí, tan aislados, se habían visto obligados a disparar sobre intrusos no tenían por qué dudar de la palabra de quien venía de un mundo enfermo y convulsionado.

Resultaba difícil aceptar que existieran mujeres como Bambi, aviones con llantas de paladio,

canallas del calibre de Deotado Carballo, personajes tan disparatados como don Hipólito Bonfante y políticos tan corruptos y descerebrados, pero así era.

Días atrás habían circulado unas imágenes sobre una reunión que había tenido lugar entre los presidentes y máximos mandatarios de la Comunidad Económica Europea, todos ellos luciendo su correspondiente mascarilla de protección para evitar contagios.

No obstante, y pese a la innegable importancia del acto y con un gesto de inusitada estupidez, reían, bromeaban y hacían el payaso saludándose a base de chocarse el codo con el codo, lo cual iba en contra de las normas que ellos mismos habían impuesto, que exigían una separación mínima de dos metros para evitar contagios.

Mucho más lógico y natural hubiera sido saludarse desde cierta distancia, agitando la mano tal como han venido haciendo los seres humanos desde los tiempos más remotos. Cuando alguien se aleja se le despide con la mano; cuando alguien llega se le saluda con la mano, y lo primero que se espera de un bebé es que aprenda a saludar con la mano, pero quienes tenían la obligación de dar ejemplo parecían tomarse a chacota la salud de sus conciudadanos y entrechocaban los codos convirtiendo semejante mamarrachada en una peligrosa moda.

Al concluir lo esencial de su relato, puesto que detallarlo le hubiera llevado horas, Óscar abrió una mochila y desparramó sobre la mesa medio centenar de fajos de billetes.

—Aquí está mi parte —dijo—. Y con esto podréis vivir sin trabajar.

Durante un largo rato, quizás dos minutos, nadie fue capaz de pronunciar una sola palabra, hasta que Saúl masculló, visiblemente molesto:

—En esta casa nunca ha entrado ningún dinero que no se haya ganado trabajando.

Se diría que su hija esperaba la respuesta, puesto que se apresuró a señalar:

—Trabajar no es solo plantar lechugas o cuidar cerdos, padre; también lo es destruir toneladas de droga, desmontar llantas de paladio o construir un hospital flotante.

—¡Pero es dinero sucio...!

—Más vale el dinero sucio que salva vidas que el limpio que las destroza... —sentenció Samuel—. Laura tiene razón: si Óscar está haciendo grandes cosas por gente a la que no conoce, justo es que haga algo por su familia; que aunque nos cueste reconocerlo, está pasando apuros. Ni tú ni yo rendimos como cuando teníamos veinte años y eso repercute en el funcionamiento de la granja.

Que decía una gran verdad era muy cierto; sin el poderío del antaño incansable Saúl y la habilidad del mañoso Samuel las cosas no funcionaban de igual modo, y aunque hubieran funcionado de poco habría servido puesto que la clientela había disminuido de forma harto alarmante.

Tiempo atrás el carro siempre regresaba vacío del mercado, pero ahora casi todos los animales volvían a sus establos y los productos a los graneros, lo cual no solo llevaba a la ruina económica sino a la más profunda desolación.

Si tal ruina tan solo hubiera afectado a una familia de granjeros el problema no hubiera sido preocupante; lo preocupante estribaba en que de igual modo afectaba al presidente de una compañía aérea o al inversor que vivía de las rentas.

El cerebro humano había ido evolucionando con el paso de los milenios adaptándose con rapidez a cualquier tipo de cambios, pero lo que ahora se le exigía superaba lo imaginable.

La verdad, tan difícil de encontrar en tiempos normales, se había convertido en una escurridiza

quimera, puesto que las autoridades ordenaban ocultar datos o falsear cifras, no tanto por tranquilizar a la población como para echar tierra sobre sus incapacidades.

Se hablaba de «comités de expertos» que nunca habían existido, de fármacos milagrosos que destruirían al virus en un par de semanas y de ayudas económicas que siempre acababan asfixiadas por la exigencia un montón de incomprensibles documentos.

La falta de responsabilidad, tanto por parte de las autoridades como de los ciudadanos, había provocado que una segunda ola de contagios estuviera afectando a gente cada vez más joven, por lo que se podría afirmar que la humanidad se encontraba inmersa en un clima de miedo, incredulidad, inseguridad, inoperancia y pasotismo.

—Me quedaré una semana con vosotros y volveré a los barcos... —concluyó Óscar—. Es el único lugar en el que se hacen cosas de utilidad y los médicos trabajan a gusto. En el «Estrella Polar» y en el «Sabor a Mar» no queda ni un solo contagiado.

—Iré contigo.

—¿Cómo has dicho?

—Que iré contigo.

—¿Te has vuelto loca? ¿Quién cuidará de mama, papa y los tíos?

—Siempre han sabido cuidarse solos, y con ese dinero no tendrán problemas —hizo una pausa antes de añadir, convencida—: Y quiero ser enfermera.

Óscar aún intentó protestar.

—¡Pero...!

—Tiene razón —le interrumpió su madre—. Se mata a trabajar sin un solo día de descanso ni una queja, y desde que empezó la pandemia lo más lejos que ha ido ha sido a un pueblo semi abandonado. Me parece justo que quiera ver lo que está haciendo su hermano y aspire a otras cosas. Sería una buena enfermera

—¡Pero si es una niña...!

—A su edad tú ya me dabas patadas en la tripa.

Óscar se detuvo un momento a echar cuentas y acabó por aceptar.

—Tienes razón; no es tan niña. Pero sigue siendo un incordio.

—Que te hacía los deberes de historia y geografía...

—Eso también es cierto.

—Pues no se hable más. La llevarás contigo —sentenció Saúl—. Y no es un ruego; es una orden, porque para algo sigo siendo el cabeza de familia.

Pese a la caótica situación del mundo que comenzaba al otro lado de los muros, aquella seguía constituyendo una familia en el más estricto sentido de la palabra, por lo que en cuanto se refería a las jerarquías no se admitían discusiones.

Lo cierto es que por un lado Óscar se sentía feliz por el hecho de que su hermana comprobara por sí misma lo que había conseguido partiendo de la nada, pero por otro le preocupaba ver cómo reaccionaría ante personajes como Bambi, Mubarak, Camila, don Hipólito o la abigarrada fauna de seres aterrorizados que deambulaban por pasillos y cubiertas.

Ya era una mujer, de eso no había duda; una mujer con un llamativo desparpajo que sin duda había heredado o aprendido de su tía Anabel, pero que aún seguía conservando «el pelo de la dehesa», con unos brazos demasiado musculosos y unas manos demasiado ásperas.

Esa misma mañana había estado dándoles de comer a los cerdos y paleando estiércol, y eso



era algo difícil de disimular por mucho que se hubiera esforzado en estudiar.

No obstante, al meditar de nuevo sobre el tema, llegó a una lógica conclusión: el virus les estaba volviendo a todos iguales y poco importaba que quienes se ocultaban tras una mascarilla fueran pueblerinos o marqueses.

Más que nunca a lo largo de miles de años de historia los destinos de las personas dependían de los errores ajenos.

En el momento en que alguno de cuantos les rodeaban cometiera una leve imprudencia acabarían muertos.

Y no tenía que tratarse de errores tan garrafales como manipular los mandos de la central de Chernóbil o conectar el detonador de un misil nuclear; bastaba con asistir a una boda o al entierro de un amigo.

A menudo se había preguntado por qué razón el virus le respetaba, pero como aquella era una pregunta para la que ni los mejores científicos tenían respuesta acabó por dejar de hacérsela.

Su tío Samuel, que había leído centenares de libros, lanzaba pestes contra el «deus ex machina», es decir, el socorrido recurso de aferrarse a una intervención divina cuando no se podía aportar una explicación humana.

Si existía un dios, cosa de la que empezaba a dudar pese a que su madre se hubiese empeñado en inculcarle la idea desde que tenía uso de razón, le agradecía que le permitiera continuar entre los elegidos, pero consideraba que tenía la obligación de intervenir poniendo fin a tan insólita masacre.

Los seres humanos no iban a ser mejores tras la pandemia, de eso estaba seguro.

Si el virus continuaba propagándose —y ese camino llevaba—, la solidaridad de los primeros tiempos daría paso a un desaforado egoísmo y a un «sálvese quien pueda», que ya se había escuchado incontables veces a lo largo de la historia.

Pueblos, ciudades, e incluso civilizaciones, se habían visto obligados a emigrar por culpa del avance de enemigos más poderosos, pero el problema estribaba en que no quedaba un solo lugar seguro.

Observó como las manos de su padre temblaban en el momento de encender la pipa, esperó hasta aventar el conocido olor del tabaco que él mismo se cultivaba, y acabó por asentir:

—¡De acuerdo! —dijo—. Acepto porque lo ordenas, pero tan solo pongo única condición... ¡Una sola!

—¿Y es?

—Que no se le ocurra enamorarse de Mubarak.

—¿Y ese quién es?

—Mi mejor amigo.

—¿Y por qué te importa tanto que no se enamore de tu mejor amigo?

—Porque quiero que siga siendo mi mejor amigo.

Alberto Vázquez-Figueroa

Agosto 2020

# EPÍLOGO

El origen del coronavirus SARS-CoV-2 sigue siendo uno de los secretos mejor guardados de la biología. Desvelarlo es importante para prevenir futuras oleadas de COVID-19 y también para acallar teorías conspiratorias y conspiranoicas.

Se supo muy pronto al inicio de la pandemia que el nuevo coronavirus comparte más del 96% de su genoma con un coronavirus que infecta a murciélagos. Ahora, un trabajo de un equipo internacional ha intentado reconstruir el árbol genealógico del SARS-CoV-2.

Una versión previa del artículo ya se difundió a finales de marzo en el repositorio de preprints BiorXiv, y ahora el revisado se ha publicado en el último número de la revista Nature Microbiology. Sus resultados determinan que el linaje de ambos coronavirus se separó hace entre cuarenta y setenta años. Esto significa que el SARS-CoV-2 lleva bastantes décadas circulando indetectado entre los murciélagos.

Eso «se ve claramente en nuestros análisis», escriben en su artículo los autores, que además lanzan una advertencia: en ese tiempo se pueden haber diferenciado más linajes con los rasgos adecuados para infectar a los humanos.

Este largo periodo de divergencia sugiere que «hay linajes víricos en murciélagos con potencial zoonótico que no han sido muestreados», se afirma en el texto.

Además, son virus con una alta capacidad de intercambiar material genético entre sí, lo que implica, según los autores, que «será difícil identificar virus con el potencial de causar brotes importantes en humanos antes de que estos emerjan». Es necesario, por tanto, disponer de un «sistema de vigilancia de enfermedades humanas en tiempo real que rápidamente pueda identificar y clasificar patógenos».

El nuevo análisis no apoya la hipótesis —aunque tampoco la descarta— de que el pangolín fuera un paso intermedio en el salto de murciélagos a humanos. Tampoco las serpientes. «La evidencia actual es consistente con que la evolución del virus en murciélagos haya dado lugar a variantes capaces de replicarse en el tracto respiratorio superior tanto del humano como del pangolín», escriben los autores.

Uniendo estos nuevos resultados a lo ya conocido, el primer firmante de este trabajo, Maciej F. Boni, de la Universidad del Estado de Pensilvania (EE UU), explica a SINC que el escenario más probable es el de un virus de una población de murciélagos de la provincia de Yunnan, en el sureste de China, «de donde proceden los virus con parentesco más próximo» al SARS-CoV-2, que salta directamente a humanos.

Muchos expertos han descartado ya un origen artificial del virus mediante manipulación genética, dado que una operación así dejaría huellas inequívocas en el genoma que no están en el

nuevo coronavirus. Boni considera «improbable» también la hipótesis de la fuga de un laboratorio: «Si el virus hubiera escapado de un entorno de laboratorio, los primeros individuos afectados habrían sido los empleados del centro y sus familias», comenta. «No vimos esto en los cuarenta y cuatro casos originales de finales de diciembre de 2019».

Sobre cuándo se produjo el salto a humanos, Boni remite a otros análisis de genomas virales ya publicados por otros investigadores, que indican noviembre de 2019 como fecha más probable. Es un elemento más a favor de que fue un error la detección del virus en muestras de aguas fecales de Barcelona de marzo de 2019.

### **Un genoma tipo mecano**

Dibujar el árbol genealógico del nuevo coronavirus no es fácil porque intercambia material genético muy fácilmente y «regiones distintas del genoma del virus pueden tener ancestros distintos», señala el coautor del trabajo. El genoma de estos virus es como un mecano Frankenstein, ensamblado con piezas de distinta procedencia.

Para dibujar al árbol genealógico evitando este obstáculo, Boni y sus colegas emplearon tres técnicas diferentes con el fin de identificar partes del genoma del virus que se han mantenido estables, sin sufrir estos intercambios genéticos.

Tras comparar genomas de virus del mismo subgénero —sarbecovirus— que el nuevo coronavirus, las tres técnicas empleadas indican que este comparte un linaje ancestral con su pariente conocido más próximo, catalogado como RaTG13. Cada técnica da una fecha probable para la separación: 1948, 1969 y 1982. De ahí la conclusión de que el SARS-CoV-2 debe llevar décadas evolucionando en murciélagos.

Los investigadores también examinaron el origen de la proteína RBD, que es la que abre la puerta de las células humanas al encajar con su receptor, la proteína ACE2. Ya se había visto que RBD es genéticamente más parecida a la de los virus que infectan al pangolín que a otras del virus de murciélagos RaTG13, por eso se sospecha del pangolín como huésped intermedio.

Pero lo que se ve en este trabajo es que el SARS-COV-2, RaTG13 y otros virus del pangolín comparten un linaje vírico ancestral —un antiguo antecesor común—, y no que el SARS-CoV-2 haya evolucionado también en el pangolín.

